40
EL TEATRO
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS

TEATRO DE NOVEDADES
1886

TERESA RAQUIN

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

arreglado á la escena española

POR

HERMENEGILDO GINER DE LOS RIOS

Estrenado en el teatro de Novedades la noche del 17 de Noviembre de 1885

MADRID
IMP. DE AURELIO J. ALARIA
15, Estrella.—Cueva, 12.
1885

Manuscrito de representación

TERESA RAQUIN

Al Sr. D. Anacleto Millan,
su afmo. amigo

A. Pinero de los Ríos.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

OBRAS DE D. H. GINER DE LOS RIOS

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Filosofía y Arte, con un prólogo de D. N. Salmeron. 3,50.
El Colegio de Bolonia. (en colab.), obra ilustrada, pesetas 6,50.
Elementos de Filosofía moral, para la 2.ª enseñanza.—(Agotada.)
Biología y Etica, (2.ª ed.). para la 2.ª enseñanza, 3.
Programa de Filosofía moral.—(Agotada).
Programa de Psicología, Lógica y Etica, 1.
Programa de Biología y Antropología, 1.
Proyecto para el ingreso en el Profesorado libre, etc.—(Agotada).
Teoría del Arte é Historia de las Bellas Artes en la antigüedad, con un Programa de Arte y su historia, 1,50.
Fragmentos y retazos.—(Agotada.)
La Enseñanza obligatoria, traduccion de Tiberghien (2.ª ed.), 2,50.
Moral elemental para las escuelas, id. de id., 2,50.
Krause y Spencer, id. de id., con una biografía del autor, 2.
Mendelsshon, id , con una Historia abreviada de la música, 1.
París en América, por Laboulaye, id. (2.ª ed., Gaspar), 1,25.
Discordia entre la Iglesia y la Italia, trad. del italiano, 2,50.
Pío IX y su sucesor, por Bonghi, trad. del italiano, 3.
Leon XIII y la Italia, por el mismo, id. id., 3.
Anuario de la Institucion libre de Enseñanza.—(Agotada.)
Poesías de Rios Rosas, (2.ª ed. corregida y aumentada y con una biografía del autor, 1,50.

OBRAS DE EDMUNDO AMICIS, TRADUCIDAS DEL ITALIANO

—1870 y 1871. Recuerdos; un vol. ptas. 3.
—Constantinopla; 2 tomos, 5.
—Holanda (en colaboracion), un vol., 4.
—La vida militar, Bocetos; un vol., 3.
—La vida militar, Nuevos bocetos; un vol., 3.
—Novelas; un vol., 3.
—Páginas sueltas; un vol., 3.
—Retratos literarios; un vol., 3.
—España; un vol., 3,50.
—Italia, 2 vols., á 3.
—Los Amigos; 3 vols., á 3.
—El Vino; un vol., 1,50.
—Poesías, traducidas en verso castellano, 3,50.

EN PREPARACION

Estudios.—Fiambres.—Crítica.
Lógica, para la 2.ª enseñanza.
Obras completas de Rios Rosas.

Milton, drama en un acto, original y en verso, 1.
A tiempo, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.
Los parientes del difunto, sainete lírico y en verso (id.), 1.
Historia de un crímen, drama en tres actos y en prosa. 2.
El último sacrificio, drama en un acto y en verso (en colab.), 1.
En busca de proteccion, juguete original y en verso (id.), 1.
Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.
Teresa Raquin, drama en cuatro actos y en prosa, 4.

TERESA RAQUIN

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

arreglado á la escena española

POR

HERMENEGILDO GINER DE LOS RIOS

Estrenado en el teatro de Novedades la noche del 17 de Noviembre de 1885

MADRID
IMP. DE AURELIO J. ALARIA
15, Estrella.—Cueva, 12.
1885

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TERESA RAQUIN... ..	Sra. DOMINGUEZ (Doña Emilia.)
LA SEÑORA RAQUIN..	» HIJOSA (Doña Josefa.)
SUSANA.....	Srta. BUENO (Doña Matilde.)
LORENZO.....	Sr. MORALES (D. Ricardo.)
MICHAUD.....	» CASAÑER (D. Juan.)
GRIVET	» DIAZ (D. Manuel.)
CAMILO	» VENEGAS (D. Genaro.)

La accion en París.—Epoca actual.

La decoracion es la misma en los 4 actos. Una habitacion grande que sirve de sala, comedor y alcoba al mismo tiempo, más bien pobre y oscura.—Muebles menos que modestos.—Por todas partes cajones y cajas de carton, propias del comercio.—En el centro del foro cama de matrimonio, con colgaduras modestas; lateral izquierdo segundo término puerta que debe abrir hácia la escena; primer término, ventana con reja resistente.—Hácia el proscenio, y al mismo lado antedicho una mesilla de labor.—A la derecha: primer término, chimenea; sobre ella reló antiguo, dos floreros con flores ordinarias artificiales, un espejo, y retratos pequeños de fotografía; segundo término, aparador de comedor.—En el proscenio y más bien hácia la derecha, mesa redonda grande, con hule, dos butacas de distinto color y forma, sillas, etc.—Derecha é izquierda la del espectador.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin el permiso del mismo, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática titulada *El Teatro*, de D. Florencio Fiscowich, son los exclusivamente encargados de conceder é negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Es la caida de la tarde.—Verano.—Despues de comer; la mesa no se ha levantado todavía.—La ventana está abierta.—Debe reinar en la estancia una gran quietud.—Camilo se halla sentado en una butaca, á la izquierda, vestido de negro, con facha de burgués en dia de fiesta. Lorenzo delante de un caballete lo retrata; á la izquierda y en la misma línea, muy al proscenio está sentada Teresa en una silla baja, con la barba apoyada en una mano y en actitud de quien sueña despierto.—La señora Raquin levanta con lentitud los manteles.

ESCENA I

LORENZO, TERESA, LA SEÑORA RAQUIN *y* CAMILO

CAM. (*Pausa. A Lorenzo*) ¿Puedo hablar? ¿O tengo necesidad de permanecer callado para no perturbarte en el trabajo?

LOR. Puedes hablar, con tal que no te muevas.

CAM. Es que si no hablo despues de comer me quedo dormido, te lo advierto... ¡Qué fortuna la tuya! ¡Estómago de privilegio! Aquí me tienes que no me encuentro bien por las natillas que he comido... Estoy hecho una carraca. ¿Te gustan las natillas, eh?

LOR. Son dulce, y basta.

CAM. Las han hecho sólo por tí, aunque saben que me hacen daño. La verdad es que te mima demasiado mi madre. ¿No es cierto, Teresa, que

720581

mamá está echando á perder al amigo Lorenzo?

TER. (*Sin levantar la cabeza.*) Sí.

RAQ. No le haga caso Lorenzo. Camilo fué quien me indicó que le gustaban á usted las natillas y Teresa quiso luego helarlas.

CAM. Golosa, ¿á qué buscas disculpa á tu golosina?

RAQ. ¿Yo?

CAM. (*A la señora Raquinque se va sonriendo.*) Sí... sí, tambien eres golosa (*A Lorenzo.*) Mi madre te quiere mucho porque has nacido en su pueblo natal, Vernon. ¿Te acuerdas? Cuando éramos chiquitines siempre nos estaba regalando cuartos.

LOR. Sí, y recuerdo que siempre comprabas tú dulces

CAM. Cierto; y tú ¡qué manía tenías por las navajas! Siempre andabas reuniendo para comprar cortaplumas... (*Transicion.*) Pero qué fortuna haberte encontrado, de nuevo, en Paris! No sabes: yo ya estaba aburrido de la gran capital, y deseaba vivamente abandonar este *mare-magnum*... y en cambio, ahora, desde que he tenido la suerte de hallarte... Si vieras, volvia de la oficina pesaroso, porque... aquí siempre reina la tristeza. (*Transicion.*) Pero dime, ¿no te parece que permanecer tanto tiempo sentado despues de comer, debe ser malo para la digestion?

LOR. Dentro de poco quedas en libertad. Está es la sesion última. (*La señora Raquin vuelve y levanta por completo la mesa.*)

CAM. Hubiera sido mejor verificar estas sesiones por la mañana, con sol y no á estas horas... ¡Qué idea la de mi madre! Venirse á vivir al Pasaje del Puente Nuevo... donde hay tanta humedad. Y los dias lluviosos, esto parece una caverna.

LOR. ¡Bah! Para el comercio todos los sitios son excelentes, si el negocio lo es.

CAM. No digo lo contrario. Ellos tienen aquí abajo su pequeña tienda de comestibles que á tí te distrae tanto... pero á mí, no me divierte ni poco, ni mucho, ni nada.

LOR. Y la casa, aunque muy reducida, no deja de ser cómoda.

CAM. No mucho, hombre: no tenemos más cuarto que el de mi madre y este, en el cual comemos y dormimos, y... ¡no quiero hablar de la cocina, que es horrible!

RAQ. ¡Pero Camilo, tú no estás nunca contento! Quisiste que nos viniésemos á París para ser empleado... en Vernon, podia tener yo mi buena tienda. Cuando te casaste con tu prima Teresa, era preciso trabajar para los chicos que pudieran venir...

CAM. ¡Bravo! ¡Pero qué tiene eso que ver! Pensaba que habitaríamos en calle céntrica, por donde pasase mucha gente; me habría entretenido asomado á la ventana, mirando los coches, que es cosa divertida; y no que aquí, en un pasaje: si hubiera creido esto, seguiría prefiriendo nuestras ventanas de Vernon; desde allí contemplaba el Sena, que siempre corre, y esto ya es algo!

RAQ. Tambien te he propuesto que nos volvamos allá.

CAM. No por cierto. Desde que he encontrado á Lorenzo en la Administracion, no vuelvo á casa hasta la noche, y así no me importa que vivamos en una mazmorra.

RAQ. Entonces no me atormentes más con este motivo. (*Suena una campanilla dentro.*) A despachar... ¡Teresa! ¿no oyes? (*Teresa hace como que no ha advertido nada y no se mueve.*) Espera, ya voy yo. (*Vase.*)

ESCENA II

LORENZO, CAMILO *y* TERESA

CAM. (*Pausa.*) Dime, ¿no podré descansar un poco? Ya tengo todo el cuerpo entumido, y este brazo izquierdo, ni siquiera lo siento.

LOR. Si quisieses tener un poco de paciencia... no me faltan más que dos toques y en un minuto hemos terminado.

CAM. Pues chico, lo siento, porque ya no puedo más, ni un minuto, ni medio. (*Se levanta y se pone á pasear, luego se detiene delante de Teresa.*) No he podido comprender nunca cómo puede mi mujer permanecer abstraida y arrinconada así, tranquilamente, sin extremecerse horas y horas; siempre viajando sin duda, con el pensamiento, por la luna. (*A Lorenzo.*) No te aburriria, Lorenzo, tener siempre á tu lado á un sér semejante... Vamos, Teresa, muévete un poco, cualquiera diría que te diviertes en esa postura... ¿Te diviertes?

TER. (*Sin moverse.*) Sí.

CAM. Vaya, pues me alegro. (*A Lorenzo.*) Cuando su padre el Capitan Degans la dejó al lado de mi madre muy niña, ya tenia esa misma fiereza en los ojos, que metia miedo ¿Y el Capitan? Era un hombre terrible: murió en Africa. ¿No es cierto, Teresa?

TER. (*Sin moverse.*) Sí.

CAM. ¡Ah! No se descompondrá para contestar. (*La abraza.*) Pero á pesar de todo eres buena mujer; desde que mi madre nos casó no hemos tenido el más mínimo disgusto... ¿Verdad que no te has incomodado por lo que te he dicho?

TER. No.

LOR. (*Dando golpecitos en el hombro á Camilo.*) Animo, Camilo; no te pido más que dos minutos. (*Camilo se sienta.*) Vuelve un poco la cabeza hácia la derecha... así... Ahora no te muevas.

CAM. (*Pausa.*) Y sigues sin tener noticias de tu padre?

LOR. Nada; me ha olvidado por completo. Por otra parte yo no le escribia nunca...

CAM. Mal hecho; entre padre é hijo...

LOR. Psché, mi padre se empeñó en que yo fuera abogado, con objeto de que le defendiese todos los pleitos que tenia con sus vecinos, y cuando supo que me comia la pension que él destinaba á la universidad, me suspendió los víveres, y se acabó. Encontré á uno de mis antiguos camaradas de colegio, que se habia metido á pintor, y me puse á estudiar con él este arte.

CAM. Pues has debido seguirlo en serio, y acaso hoy...

LOR. Imposible; me moria de hambre, y tuve que mandar al diablo la pintura y buscar un destino.

CAM. Sin embargo, aprendiste bastante bien el dibujo.

LOR. Así, así: lo que me gusta en el arte del pintor, es que no se trabaja demasiado. Los primeros dias necesitaba estar clavado al tablero horas y horas...

CAM. Supongo que tendriais bonitas mujeres que os sirvieran de modelos.

LOR. ¡Ciertamente! Entre otras, venia á menudo una soberbia rubia... (*Teresa se levanta lentamente y desaparece por la puerta que baja á la tienda.*) Hemos hecho que se marche tu mujer.

CAM. ¡Cá! ¿Crees que ha oido nuestra conversacion? ¡Es una infeliz, con la cabeza á pájaros! Pero, me cura con tanto cuidado cuando estoy enfer-

mo! Mi madre la ha enseñado todas las medicinas caseras...

LOR. Oye, yo creo que le soy antipático.

CAM. ¡Bah! Caprichos de mujer, ¿sabes? ¡Pero pienso que ya habrás concluido, hombre!

LOR. Sí, puedes levantarte.

CAM. (*Levantándose y mirando al cuadro.*) Está acabado, completamente acabado?

LOR. No le falta más que el marco.

CAM. ¡Ah, perfectamente! (*Llama, asomándose á la puerta de la tienda.*) Teresa, mamá, todos aquí, que Lorenzo ha concluido mi retrato.

ESCENA III

DICHOS, LA SEÑORA RAQUIN Y TERESA

RAQ. ¿Está ya terminado?

CAM. (*Cogiendo el cuadro.*) Sí, sí, miradlo.

RAQ. (*Mirando.*) ¡Ah, sí, la boca, sobre todo, es idéntica!.. ¿Qué te parece, Teresa?

TER. (*Sin acercarse.*) Sí... (*Se va á la ventana y se asoma, quedando como sumida en su preocupacion habitual.*)

RAQ. (*A Lorenzo que arregla el caballete, la paleta, etc.*) Dígame ¿por qué le ha puesto esa mancha negra debajo del ojo izquierdo?

LOR. ¡Es la sombra, señora!

RAQ. Querido Lorenzo, ¿qué hacer para agradecerle á usted dignamente su trabajo?

LOR. Yo soy el que tiene que agradecer mucho á ustedes.

CAM. No, no, esto no puede quedar así... Voy á buscar una buena botella de cualquier cosa... es preciso que remojemos tu obra.

LOR. ¡Corriente! yo voy á buscar el marco. (*Mutis.*)

ESCENA IV

DICHOS *menos* LORENZO

CAM. ¿Qué licor tomaría?...

RAQ. Cualquier cosa que le guste á Lorenzo; ¡es un chico tan bueno! lo trato como si fuera un pariente cercano.

CAM. ¿Traigo una botella de anisete?

RAQ. ¿No sería mejor una botella de buen vino, y unos pasteles?

CAM. (*A Teresa.*) ¿Y tú, no dices nada? ¿Recuerdas si le gusta el Málaga?

TER. (*Acercándose.*) No sé, lo que sé es que le gusta todo, porque come y bebe como un condenado.

RAQ. (*Con tono de reconvencion.*) ¡Teresa!

CAM. Ríñele mamá... no lo puede resistir, le es antipático, y ya él lo ha advertido, y me lo ha indicado; es una cosa muy desagradable... ¡lo que es yo, no entiendo á ésta!... vamos á ver: ¿qué tienes que censurarle?

TER. Nada; está siempre aquí, aquí come, aquí almuerza, aquí cena... lo mejor para él... «Lorenzo por acá... Lorenzo por allá...» y esto me aburre, me fastidia y me desespera; hé ahí todo... ¡ah, no es tonto, no por cierto, es un gloton y... un gorron!

RAQ. Sé buena, Teresa; Lorenzo es desgraciado, habita una bohardilla, come mal, y á mí me complace verlo comer bien y encontrar calor entre nosotros. El pobre, ¡se encuentra solo en el mundo!...

TER. Por mí, mímenlo ustedes, si quieren, como si se tratara de un niño. (*Se encoje de hombros y se aleja hácia la ventana.*)

CAM. Tengo una idea: voy por una botella de Champagne, ¿qué os parece?

RAQ. Admirable, una botella de Champagne pagará justamente el retrato; pero no te olvides de los pasteles. (*Váse Camilo.*) (*A Teresa.*) Mientras bajo á la tienda, enciende el quinqué. (*Váse.*)

ESCENA V

TERESA *y despues* LORENZO

TERESA *en cuanto queda sola, permanece un momento inmóvil. Despues mira en derredor y baja al primer término, lanza un suspiro de satisfaccion, cayendo nuevamente en la melancolía; gesto y ademanes de persona fastidiada que siente tédio de la vida; al percibir el ruido de una cerradura en la pequeña puerta de la izquierda, que se supone comunica directamente con la escalera, sonrie y se trasforma como movida por una alegría instantánea y un placer tan rápido como sensual. Durante esta escena muda, se ha hecho oscuridad completa.*

LOR. ¡Teresa!

TER. ¡Lorenzo mio! Presentia en el corazon que ibas á llegar, amor de mi vida! (*Le toma la mano y le conduce al proscenio.*) Hace ocho dias que no te he visto. Todos te aguardaba despues de las doce. Esperaba que salieses de la oficina siquiera un cuarto de hora. ¡Oh, si no hubieses venido esta noche, habria cometido una locura!.. dí ¿por qué has permanecido ocho largos dias sin venir á buscarme?.. Yo no puedo vivir sin tí: los apretones de manos delante de todos, son tan frios!..

LOR. Te diré...

TER. (*Interrumpiéndole y tapándole la boca con una ma-*

no.) No, si lo he comprendido: no tienes que explicarme nada... sientes miedo... ¡qué niño eres! En ningun sitio estaremos más seguros que aquí. (*Alzando la voz y dando un paso atrás*).

LOR. (*Atrayéndola y ciñéndole la cintura con un brazo.*) Sé razonable, no tengo miedo de venir, ni temo á nadie.

TER. Entonces es á mí á quien temes. ¡Confiésalo! Te asusta que te ame demasiado...

LOR. Pero, ¿por qué dudas de mí? ¿No sabes que me has robado hasta el sueño? Voy á enloquecer, ¡yo! que me burlaba de las mujeres... Lo que me inquieta, Teresa mia, es que has despertado en el fondo de mi ser, un hombre que yo no conocia. Te declaro que á veces estoy intranquilo... no encuentro que sea razonable amar como yo te amo, y tengo una pavura inmensa de que nuestra pasion nos conduzca á algun desacierto. (*De repente y separándose de Teresa.*) ¿No has oido pasos en la escalera?

TER. ¡Cá!.. medroso... no. (*Apoyando la cabeza en el hombro de Lorenzo.*) Amémenos sin temor, sin remordimientos... ¡Si hubieses sido educado como yo en la habitacion de un enfermo!.. Conozco todos los ruidos: te aseguro que no se acerca nadie.

LOR. ¡Pobre Teresa mia!

TER. ¡Sí, sí, era muy desgraciada! He vivido horas enteras acurrucada cerca del fuego, mirando estúpidamente cocer los bebistrajos... Si me movia, mi tia me regañaba: era preciso no despertar á Camilo; balbuceaba monosílabos, ó gesticulaba como las viejas afónicas. Parecía tan aniquilada que Camilo se burlaba de mí... Y yo en cambio me sentia robusta, llena de vida, circulando fuego por mis venas, y ardiendo en

deseos de consumir mi existencia en otro ser tan enérgico como yo... y cerraba el puño, y habria querido destrozar todo lo que me rodeaba. (*Transicion.*) Me han dicho que mi madre era hija del Jefe de una tribu de Argel; debe ser cierto, porque he soñado siempre con una vida errante y libre, vagando descalza, pisando polvo ó cieno, y prefiriendo pedir limosna como una gitana, á vivir del modo que he vivido en la hospitalidad que ellos me regalaron. (*Ha alzado durante estas palabras mucho la voz y Lorenzo sobresaltado va hácia la puerta á escuchar.*)

LOR. (*Volviendo.*) Habla bajo... puede venir tu tia.

TER. ¿Y qué me importa? que venga. Mi ficcion es cien veces peor que mis confesiones. (*Se sienta en el borde de la mesa columpiando los pies.*) ¡No sé por qué consentí en casarme con Camilo! Era cosa convenida... ella adora con delirio á este hijo escrofuloso que ha arrancado veinte veces de la muerte, y me educó para que fuese su criada ó su hermana de la caridad... me casé, y todo se redujo á que la noche de boda, en vez de entrar en mi cuarto que se encontraba á la derecha de la escalera, entré en la habitacion de enfrente... (*Encogiéndose de hombros.*) (*Transicion.*) ¡Pero tú, tú, Lorenzo de mi corazon!...

LOR. ¿Me quieres? (*La coje en brazos y la deja caer lentamente en una silla á la derecha de la mesa.*)

TER. ¿Que si te amo? Te adoro desde el dia que Camilo te trajo á la tienda. ¿Te acuerdas? La tarde que os encontrásteis en la oficina... no sé lo que pasó por mí; pero me sentí renacer á la vida... ignoro si te odiaba ó te amaba... tu presencia me irritaba de tal modo, que me hacia sufrir... y mis nervios adquirieron tal tension que parecian querer saltar, rompiendo en pedazos

todo mi ser... Y luego, cada dia esperaba tu llegada para gozarme en esta excitacion y en estos sufrimientos... y cuando pintabas en el retrato, á pesar de mis sordas protestas, veíame obligada á permanecer como clavada á tus pies.

LOR. (*Cogiéndole ambas manos y aproximándose á ella.*) ¡Cuanto te adoro!

TER. Al presente, estoy vengada; gozo siempre que te veo á mi lado; y despues de comer, hago labor ocultando bajo la fria apariencia de soñadora toda la satisfaccion que experimento; y mientras jugais al dominó vosotros yo sueño con locas esperanzas; ¡es una voluptuosidad inmensa, Lorenzo mio!

LOR. (*Creyendo percibir ruido se levanta.*) Tu tia sube.

TER. No; pero es prudente que te marches ya. (*Se dirige á la puerta de la escalera, bajando la voz y volviendo al proscenio*) ¿Volverás mañana, no es cierto? ¿A qué hora?

LOR. No me esperes.

TER. ¿Que no? ¿Por que?

LOR. El jefe de la oficina ha advertido mis salidas y me amenaza con dejarme cesante.

TER. Entonces... ¿no nos veremos ya todos los dias? ¡quieres acabar conmigo! (*Exaltándose.*) Hé aquí á qué conduce tu prudencia. ¡Ah! ¡eres un vil! (*Concentrado.*)

LOR. ¡No, qué niñeria! Podemos crearnos una existencia tranquila. Lo que se trata es de esperar, de buscar los medios y... las circunstancias. ¡Cuántas veces he soñado tenerte así un dia entero. (*La abraza.*) Un mes, un año, toda la vida...

TER. (*Sonriendo con la cabeza apoyada en el hombro de Lorenzo.*) ¡Oh! sí, sí.

LOR. ¡Si fueses viuda!

TER. ¡Sería tu mujer, y nuestro sueño se realizaría por completo sin nube alguna! ¡Viuda!

LOR. ¡Adios, Teresa!

TER. ¿Con que no vendrás mañana?

LOR. No; pero ten confianza en mi... si dejamos de vernos piensa en que trabajo siempre por nuestra futura y completa felicidad. (*La abraza y vase por la puerta izquierda.*)

TER. (*Despues de un instante y como soñando; con tono sombrío.*) ¡Viuda! ¡Viuda!

ESCENA VI

DICHOS, LA SRÑORA RAQUIN *y* CAMILO

RAQ. ¿Estás todavía á oscuras? (*Enciende el quinqué. Teresa se sienta á hacer labor.*)

CAM. (*Entrando.*) Hé aquí el Champagne y los pasteles. Pronto, un plato, preparad todo, pues el señor Grivet es puntual y estará aquí dentro de un instante. (*La señora Raquin toma los pasteles y la botella y coloca todo en la mesa.*) ¡Ah! quiero comunicaros un proyecto.

RAQ. ¿Cual?

CAM. Sabes, mamá, que he prometido á Teresa llevarla un domingo á pasar el dia de campo... pero dice que no sé andar... y, en fin, he pensado que vayamos el domingo en coche, á orillas del Sena, llevando á Lorenzo.

RAQ. ¡Bravo! Hijos mios, id, id. Las piernas no me sirven para acompañaros; pero la idea es excelente, así acabaremos de pagar la deuda de gratitud á Lorenzo por el retrato.

CAM. Qué divertido se vuelve Lorenzo en el campo. ¿Te acuerdas, Teresa, cuando vino con nosotros á Suresnes? Es fuerte como un roble: salta las

zanjas y tira las piedras que es un portento. ¿No es verdad, Teresa?

TER. ¡Habia bebido tanto en la comida!

CAM. ¡Oh, tú no comprendes lo que es divertirse! Figúrate, mamá, que esta se sienta á la orilla del agua, ¡y se pasa horas y horas contemplando cómo corre! Ya comprenderás que si llevo á Lorenzo es porque me distrae.

ESCENA VII

DICHOS *y* LORENZO *con un marco dorado*

LOR. ¡Hola! (*Mirando á Camilo y á la señora Raquin que hablan en voz baja.*) Apuesto á que se trama un complot para alguna dulce sorpresa.

CAM. ¡Adivina!

LOR. Queríais convidarme mañana á comer.

RAQ. ¡Gloton!

CAM. ¡Mejor, mucho mejor que eso! Voy á llevar el domingo á Teresa de campo y te convido. ¿Vienes?

LOR. ¡Ya lo creo! (*Toma el retrato del caballete, pide un martillo á la señora Raquin y arregla el cuadro.*)

CAM. Iremos en coche hasta las afueras, almorzaremos á la orilla del agua, y á comer, á casa.

LOR. (*En el proscenio y mirando al cuadro.*) Sí; pero se podria completar el programa.

CAM. ¿Cómo?

LOR. (*Mirando furtivamente á Teresa.*) Añadiendo un paseo en barca.

RAQ. ¡No, nada de embarcarse! ¡No estaría tranquila!

TER. ¡Oh! ¿Y cree usted que Camilo acepte? Tiene miedo.

CAM. ¿Yo miedo?

LOR. ¡Ah! ¡Es verdad! Olvidaba que tienes miedo al agua. En Vernon, cuando yo nadaba, te quedabas siempre en tierra.

CAM. ¡No es cierto! Yo no tengo miedo. Nos embarcaremos. ¡Veremos quién es más valiente! Teresa es la medrosa.

TER. ¡Pobre Camilo! ¡Pero si ya te has puesto pálido!

CAM. ¡Búrlate, pero veremos!

TER. Lo que es yo, ya lo saben ustedes, adoro el Sena.

LOR. (*A Camilo.*) Entonces... ¿está convenido?

CAM. ¡Pasearemos en barca! (*Lorenzo cuelga el retrato. Suena dentro la campanilla de la tienda.*)

ESCENA VIII

DICHOS *y* GRIVET

GRIV. ¡Puntualidad! Buenas noches, señora Teresa y compañía.

RAQ. Muy buenas, señor Grivet. Déme acá el paraguas. ¿Llueve?

GRIV. Amenaza. (*La señora Raquin va á colocar el paraguas á la izquierda de la chimenea.*) No, no, señora Raquin, ya conoce usted mis costumbres inalterables: á la derecha, en el otro rinconcillo, ¡ajajá!... gracias.

CAM. ¿Qué novedades, señor Grivet?

GRIV. (*Viniendo al centro de la escena, limpiándose las botas con un pañuelo de yerbas, que luego dobla y guarda, sacando otro de distinto bolsillo para sonarse.*) Pues... nada... He salido de la oficina á las seis; he comido á las seis y media en punto; leí el periódico á las siete en el café, y como hoy es jueves, en lugar de ir á casa para acostarme á la primera campanada de las nueve,

segun mi hábito inveterado, me he venido pian piano aquí... Me parece que no he olvidado nada...

LOR. ¿Y no ha tropezado usted en el camino con algo digno de ser contado?

GRIV. Sí, tiene usted razon, he visto mucha gente parada en la calle de San Andrés... y me ha obligado esto á cambiar de acera... lo cual, como deben ustedes comprender, me ha contrariado bastante... porque ¡es natural!... por la mañana voy á la oficina llevando la acera por la derecha, y á la tarde vuelvo por la...

RAQ. Por la acera izquierda.

GRIV. No... permítame, señora, no; por la mañana voy así... y por la tarde, cuando vuelvo... (*Con la accion.*)

LOR. Comprendido, perfectamente.

GRIV. Bueno: llevo la izquierda, mi izquierda... y... es muy cómodo no equivocarse...

LOR. Pero, qué hacia tanta gente parada...

GRIV. No lo sé. ¿Cómo quieren ustedes que sepa... Yo á mi camino y...

RAQ. ¡Alguna desgracia, sin duda!

GRIV. ¡Es posible! Sí... acaso un accidente, una desgracia... No se me habia ocurrido esa idea hasta ahora que... (*Se sienta delante del velador de la izquierda.*)

RAQ. Hé aquí al señor Michaud.

ESCENA IX

DICHOS, SUSANA Y MICHAUD.

Susana se quita su sombrero, dirigiéndose á Teresa, que permanece sentada delante de la mesa de labor. Michaud va dando la mano á todos.

MICH. Creo que llego algo retrasado. (*Se detiene ante Grivet, este le enseña su reló.*) Lo sé, las ocho y seis minutos. (*Va á dejar el baston al lado del paraguas de Grivet.*)

GRIV. Dispense usted, señor mio: ese es el sitio de mi paraguas. Ya sabe que no quiero nada á su lado. Está libre para su baston el otro rinconcito: ¡tengamos hábitos regulares!

MICH. Bien, bien, no hay que incomodarse. Hola, hola... ¡Champagne y pasteles!

GRIV. ¿Champagne?.. Lo he bebido cuatro veces en toda mi vida: una fué...

MICH. Pero, ¿qué se celebra?

RAQ. El retrato de Camilo que Lorenzo ha terminado esta tarde. (*Toma una vela de las dos que habrá colocado encendidas en la mesa y va á iluminar el retrato.*) Mirad. (*Todos se dirigen al retrato, ménos Teresa, y Lorenzo que se apoya en la chimenea.*)

CAM. Sorprendente, ¿no es cierto?

MICH. Es verdad, es verdad.

RAQ. ¿Qué lo parece, señor Michaud?

MICH. ¡Oh, bellísimo, bellísimo! (*Todos vuelven á su sitio.*)

CAM. Mamá, si nos sirvieses el té, tomaríamos el Champagne despues de la partida del dominó.

GRIV. Las ocho y cuarto: tenemos el tiempo tasado.

RAQ. Cinco minutos, y á jugar. ¿Teresa?... pero no, no te muevas, porque veo que no estás bien.

SUS. Yo, en cambio, que estoy perfectamente, le ayudaré á usted á servir el té... (*Vánse ambas por el foro*)

ESCENA X

DICHOS *menos* LA SEÑORA RAQUIN *y* SUSANA

CAM. Y usted, señor Michaud, ¿no trae nada que contar?

MICH. ¿Saben ustedes el drama de la calle de San Andrés?

CAM. Vamos, será lo que el señor Grivet nos ha dicho... que habia en esa calle mucha gente parada...

MICH. El gentío miraba hácia arriba... ¿Verdad? (*A Grivet.*)

GRIV. No podria decirlo... Me he visto precisado á cambiar de acera y... (*Se pone un gorro de lana y unas mangas de percalina, calándose las gafas.*)

MICH. Sí... se ha encontrado en el Hotel de Borgoña, dentro de la maleta de un viajero, que se ha escapado, ¿qué dirán ustedes?... ¡una mujer hecha cuatro pedazos!

CAM. ¡Es horrible!

GRIV. ¿Pero qué miraba la gente, entonces?

LOR. ¿Y han cogido al asesino?

MICH. No. Uno de mis antiguos colegas, encargado de los preliminares del proceso, me ha asegurado que no se ha hecho aún la más mínima luz en él.

LOR. ¿Y se ha identificado á la víctima?

MICH. Ni áun eso: el cadáver no tenía cabeza.

CAM. ¡Señores, por caridad; esa mujer hecha cuartos me va á poner malo!...

LOR. En vuestra calidad de ex-comisario, señor Michaud, ¿cree usted que hay delitos que quedan

en la más profunda oscuridad é impunes, por tanto?

MICH. Ya lo creo: ¡muchísimos!

GRIV. Entonces, mi parabien á la excelente policía, á la magistratura, la judicatura, la prefectura...

MICH. La policía está bien organizada; mas no hace imposibles.

CAM. (*A Lorenzo.*) Pero, ¿tú crees que se puede matar á las gentes, sin que nadie lo averigüe?

LOR. ¿Yo? (*Mirando á Teresa.*) ¿Pero no ven ustedes que el señor Michaud se está divirtiendo? Eso no será verdad. (*Cerca de Teresa.*) Miren á Teresa, esta es ménos crédula...

TER. Ciertamente. Lo que no se sabe ni se averigua, es señal de que no existe ni ha existido.

CAM. Hablemos de otra cosa.

LOR. (*A Teresa y con voz concentrada.*) ¿Juras obedecerme en todo y por todo?

TER. Te pertenezco: haz de mí lo que quieras.

LOR. (*Bajo á Teresa.*) Espera y ten confianza; viviremos felices toda la vida.

TER. ¿Cuándo?

LOR. (*Bajo á Teresa.*) Acuérdate de lo que has dicho: lo que no se sabe, no existe. (*Se separan. Ella toma la actitud de antes. Lorenzo pasa á la derecha.*)

ESCENA XI

DICHOS, LA SEÑORA RAQUIN *y* SUSANA

RAQ. No mire usted el reló, señor Grivet. Siéntense y ganaremos el tiempo perdido.

CAM. Venga el dominó.

GRIV. ¡Qué placer! Los jueves, cuando despierto, lo

primero que se me aparece es esta sesion admirable de juego, y de amistad, y de... thé.

SUS. Teresa, ¿no se acerca usted?

RAQ. Déjala; no está bien. De todos modos, ella no juega, y si llaman en la tienda, bajará.

CAM. Sí, pero es un fastidio ver á uno aburrido cuando los demás se divierten...

GRIV. ¡Soy mano! ¡el seis doble!

Cuadro

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Las nueve de la noche.—Un quinqué encendido sobre la chimenea. —En la mesa grande del centro dos candeleros de una vela.—La señora Raquin y Teresa, de luto.—Ha pasado un año.

Los personajes están sentados como al final del primer acto.—Teresa al lado de la mesa de labor con el mismo aire soñador y con la costura en la falda, Grivet, Lorenzo y Michaud, alrededor de la mesa grande toman el thé que les sirve la señora Raquin y Susana.

ESCENA PRIMERA

TERESA, GRIVET, LORENZO, MICHAUD, SEÑORA RAQUIN *y* SUSANA.

MICH. ¡Bah! Es preciso distraerse, señora Raquin. Deme la caja del dominó, y juguemos un rato. (*A la señora Raquin.*)

SUS. ¿Le sirvo azúcar, señor Grivet?

GRIV. Sí, gracias. Dice bien ¡qué diantre! el amigo Michaud: anímese. (*A la señora Raquin.*)

LOR. Se necesita tener resignacion. (*Idem.*)

GRIV. Esta noche vamos á jugar á diez céntimos la partida, á ver si con subir el precio no se distraen ustedes tanto.

RAQ. Jueguen ustedes. Yo no puedo, no puedo. Cuando les veo á todos alrededor de esa mesa, me

acuerdo de... y parece que el corazon quiere saltar en pedazos. ¡Pobre hijo mio, pobre Camilo!

GRIV. ¡Voto vá! ¿Ya empieza usted? Entonces es mejor no jugar. Con sus lágrimas perderé la cuenta.

RAQ. Perdóneme, querido Grivet. Pero... no puedo. ¡Recordais con cuanto gusto jugaba al dominó. (*En este momento Lorenzo que movia distraidamente las fichas que ha recogido de encima de la chimenea, deja caer algunas al suelo.*) ¡Precisamente lo mismo que á él le sucedia! Tambien á cada instante dejaba caer las fichas. ¡Era tan torpe desde que padeció las tifoideas! ¡Se habia quedado tan débil! ¡Y cuánto se incomodaba cuando tardaba yo en sentarme!

MICH. ¡Era tan vehemente!

RAQ. Para todo. ¡Qué carácter: amaba ó aborrecia con igual intensidad! ¡Cómo adoraba á la pobre Teresa, (*Teresa se estremece*) y á éste, (*señalando á Lorenzo*) á su único amigo verdadero! (*Movimiento involuntario de Lorenzo.*)

GRIV. Estaban trocados los papeles en esta casa. El reñia á usted como si fuese su hija.

RAQ. ¡Tenía yo tanto miedo á contrariarle! Lo primero que me recomendaba el médico á cada paso, era que no lo violentase en nada... ¡Ah! ¡Qué noches aquellas! (*Conmovida, secándose las lágrimas.*)

GRIV. ¡Voto al chápiro! amiga, ¿dónde ha echado aquel corazon? Acabará por ponerse mala; á Camilo no lo podemos resucitar: es preciso pensar en los vivos. Susana, un poco de rom.

MICH. Pues ya sabe lo que los médicos le han augurado: ¡la paralisis! Todos los que le han visitado en las distintas enfermedades que viene sufriendo desde la muerte de su hijo, le repitieron que

un sufrimiento moral continuado terminaria en la paralisis, lo mismo que cualquiera sensacion fuerte y repentina. ¡Acuérdese, acuérdese!

SUS. Ya lo oye, señora Raquin. Procure tener conformidad con su desventura para huir de esa amenaza.

GRIV. No, pues lo que es yo voy á dejar de venir los jueves por la noche, en vista de qué, en lugar de distraerla nuestra presencia, la atormenta y hace sufrir. No, no es hipocresía; cierto que venimos para distraernos, pero para distraerla tambien.

RAQ. (*Procurando animarse.*) ¡Ea! Bien. No me riñan más. Ya estoy tranquila.

GRIV. Y así debe ser, porque todos somos mortales, y además no fué ayer su desgracia... hace un año... y... ya es tiempo de que vaya conformándose con su suerte.

RAQ. No he contado los dias. Lloro, porque las lágrimas se agolpan á mis ojos... Veo siempre á mi hijo luchando con las agonías de la muerte en las aguas del Sena. ¡Qué muerte tan horrible!

MICH. ¡Vaya, vaya! Todavía tiene por qué dar gracias á Dios, que le vive la nuera. No la aflija usted más, ni aflija á este valiente, que estará desesperado toda su vida por no haber podido salvarlo despues de hacer esfuerzos sobrehumanos para que no se ahogara Teresa.

LOR. (*Como quien sacude una pesadilla.*) ¡Basta ya! ¡Dejen ustedes esos recuerdos!

GRIV. ¿Y por qué no se ha de decir? ¿Por qué no alabar tu conducta hablando de la cuestion? ¿Qué no tendrías que hacer, cuando caísteis á la vez los tres al agua y estábais enteramente solos... al amanecer, sin que un solo marinero pudiera

prestarte auxilio. Al ménos lo he leido en los periódicos así... Ni sé como á Teresa...

LOR. No, ella estaba tan cerca de mí... que... Como yo remaba, y Teresa estaba á mi lado, mientras que Camilo iba al timon... me bastó cogerla por el pelo... y... á poco que nadé la dejé en el embarcadero... Aun siento en mi mano la impresion del cabello mojado, frio como el hielo de la muerte... Pero... pero él... ni los gritos de Teresa pidiendo socorro, ni la rapidez con que me eché al agua... pues me desnudé en un segundo para nadar mejor... mas cuando volví... ya era tarde... (*La señora Raquin solloza en silencio. Susana se seca los ojos de cuando en cuando. Teresa tiene la cabeza sobre la costura y cose con una rapidez nerviosa durante el relato. Michaud oye inmóvil las palabras de Lorenzo.*)

GRIV. Me tiemblan las carnes al recordar el relato de los periódicos aquella noche, y en verdad que tenian razon sobrada en pedir para tí una condécoracion. (*La señora Raquin rompe á llorar.*)

MICH. ¿Quieres callar?

GRIV. ¿Yo? Pues tú empezaste. Y, claro, ya que no se juega hay que hablar de algo.

MICH. No es verdad; empezaste tú...

GRIV. No es cierto: no he tenido el seis doble en la conversacion.

RAQ. Vamos, vamos, amigos mios; hablando de mis desventuras parece como que se alivia el pecho de su dolor, y me recuerda la deuda de gratitud hácia Lorenzo... ¡Oh! (*Se levanta y va á abrazarlo: Lorenzo la rechaza suavemente.*)

LOR. No me lo agradezca usted. Camilo era para mí como un hermano, y al llegar él de Vernon, para establecerse aquí, encontré en su amistad y en el cariño de ustedes una verdadera familia...

Yo que me encontraba á la sazon solo en el mundo...

GRIV. Lo cierto es que se pasa la noche sin hacer otra cosa que martirizar á esa muchacha.. (*A la señora Raquin.*) Siéntese y vamos á distraernos. ¿Quién sale?

RAQ. (*Enjugándose los ojos y dejándose sentar por Grivet, que le ha cogido un brazo.*) Hombre (*á Lorenzo, despues de registrarse los bolsillos*), ya que estás de pie, ¿quieres traerme los anteojos que están sobre la cómoda de mi cuarto? Lleva una luz...

LOR. No es preciso, se ve bien con la de la tienda (*Mutis por el foro.*)

ESCENA II

DICHOS *menos* LORENZO

MICH. Tiene usted en ese chico un verdadero hijo.

RAQ. Es verdad. Desde la terrible desgracia pasa aqui su vida: cambió la pintura, su arte, por ayudarme en los negocios de mi comercio. Si no fuera por él ¡qué habria sido de nosotros!

GRIV. ¡Tanto os quiere, que hemos acabado por tutearle, como si fuera de la familia!

ESCENA III

DICHOS *y* LORENZO, *que entra descompuesto*

RAQ. ¿Qué te pasa? (*Levantándose.*)

GRIV. ¿Te sientes mal? ¿Qué pálido vienes? (*Idem.*)

MICH. ¿Qué te ocurre? (*Idem.*) (*Teresa se estremece.*)

LOR. (*Reponiéndose.*) No es nada... Un pequeño mareo... Ya pasó.

RAQ. ¡Vaya! (*Transicion.*) ¿Y los anteojos?

LOR. Los anteojos...

SUS. ¿Será posible que por haber ido usted sin luz haya tenido miedo?

LOR. ¡Miedo! (*Con sonrisa forzada.*) ¿Miedo de qué? No los he encontrado. (*Mutis de Susana.*)

GRIV. Probablemente esos mareos son efecto de la mucha salud... La sangre, la sangre que se sube á la cabeza.

LOR. Sí, justo; probablemente la sangre que me...

SUS. (*Entrando.*) Aquí tiene usted los anteojos. (*A Lorenzo.*) Pues yo no he visto los duendes. (*Llaman en la tienda.*) No se incomode usted, señora Raquin. Voy yo. (*Mutis.*)

RAQ. No quiero dejar sola á esa chiquilla, pueden engañarla. Jueguen ustedes.

GRIV. Pues echemos la buena, compañero. (*Se ponen á jugar Michaud y Grivet, deteniéndose de cuando en cuando como si hablaran de algo interesante.*) Es un tesoro, un tesoro tambien tu sobrinita... Y Lorenzo otro tesoro... Yo soy mano.

ESCENA IV

DICHOS *menos* SUSANA *y* LA SEÑORA RAQUIN

TER. (*A Lorenzo que ha ido á colocarse á su lado.*) Has tenido miedo ¿verdad?

LOR. (*Encogiéndose de hombros.*) Ya pasó. (*Transicion.*) ¿Vengo esta noche?

TER. No; prudencia, si hemos de llegar al fin.

LOR. Vendré por esta puerta de la escalera (*señalando á la del primer término izquierda*), como otras veces y...

TER. Contentémonos con vernos de dia aprovechando las ocasiones.... Necesitamos una felicidad inmensa para el porvenir.

LOR. Ten confianza; la encontraremos uno en brazos de otro como en aquellos dias...

TER. Y bien, esperemos: el desenlace está próximo. Al fin nos casarán. Ten cuidado. Se acerca... (*Indicando á la señora Raquin que entra.*)

RAQ. (*A Teresa.*) Teresa, ve tú, hija mia, Susana te necesita para que la ayudes abajo. (*Aparte.*) ¡Qué haría yo, gran Dios, para consolarla! ¡Cualquier sacrificio me pareceria insignificante á cambio de su alegría!!.

ESCENA V

DICHOS, *menos* TERESA

GRIV. (*Alzando la cabeza al sentir que se va Teresa.*) ¡Qué hermosa! parece.:. parece un... una... azucena Da lástima verla tan jóven, tan triste, y... viuda; acabará por enfermar... (*A Michaud*) si no vuelve á casarse.

MICH. (*A Grivet.*) Verdaderamente que... (*Hablan en voz baja y señalan á Lorenzo y á la señora Raquin alternativamente.*)

RAQ. (*A Lorenzo.*) Cada dia esta peor. ¡Sus ojos enrojecen y casi siempre es presa de fiebre!

LOR. ¡Cierto!.. apenas, alguna que otra vez sonrie cuando habla conmigo de cosas agradables.

RAQ. Sí, lo he observado. ¡Eres tan bueno! ¡Cómo recompensarte este inmenso cariño que nos profesas!

MICH. (*Dejando las fichas.*) Es preciso buscar un remedio á ese estado de Teresa, que acabará por convertirse en una enfermedad probablemente grave...

GRIV. La gente á su edad... ¡que diantre! no es inconsolable, buena amiga; es probado que en el ar-

ca de Noé todos hubieran estado tristes si no hubiese habido parejas; es cuestion de parejas.

MICH. Está, está mal.

RAQ. ¡Y se ha vuelto tan medrosa!

LOR. (*Balbuceando*) ¡Medrosa!

RAQ. ¡Oh! Si. Padece tantas pesadillas... Una noche la oí dar tales gritos, que vine á su cuarto, la desperté y casi no me reconocia. Balbuceaba.

LOR. ¿Pero qué decia?

RAQ. No pude comprenderla. Llamaba á Camilo... ¡Ah! ¡Quiere ir á unirse con mi hijo!

MICH. Pues yo, francamente, quiero darle un consejo. Que nos dejen solos estos señoros y charlaremos.

LOR. (*Sobresaltado y vacilante.*) ¿Es... algun secreto que no podemos oir?

MICH. Sí, eso *precisamente*. ¡Un secreto! (*Tono jovial.*)

GRIV. Dejémoslos. Pero conste que me debes dos. ¡Bah! hasta el jueves próximo... no jugaremos. Está visto. Y os desafío á todos y á todos los juegos. (*Tomando el brazo de Lorenzo.*) A las damas, al dominó, á todo. Vamos, vamos, Lorenzo. (*Aparte á Michaud.*) A ver como... (*Vánse por el foro.*)

ESCENA VI

DICHOS *menos* LORENZO *y* GRIVET

RAQ. Y bien; ¿que me aconseja usted?

MICH. (*Pausadamente y como venciendo cierta repugnancia.*) Pues... aunque le parezca extraña la proposicion, mi opinion... es... que deberia procurar saliese Teresa de su viudez.

RAQ. ¿Cómo? ¡Volverla á casar! ¿Está usted loco? Me pareceria que perdia de nuevo á Camilo.

MICH. Y sin embargo...

RAQ. ¡Oh! ¡Imposible! (*Transicion.*) Y además ¿no vé usted su dolor? Rechazaria indignada semejante proyecto. Sería una profanacion á la memoria de mi hijo.

MICH. Si él levantara la cabeza y viese esta tristeza perenne; si viera á Teresa que se marchita y acabará por morir...

RAQ. ¡Nadie se muere de dolor! ¿Viviria yo, si las penas pudiesen tanto?

MICH. ¡Oh, no es lo mismo! Los viejos resistimos mejor los golpes de la desgracia. Los que llegamos á nuestra edad, estamos ya curados, y nuestra sensibilidad se halla como embotada por la desdicha; cierto que usted ha perdido lo que más amaba en el mundo, pero le ha quedado una hija. ¿Y á ella qué le queda? ¿Y el dia que usted muera? ¿Y las asechanzas de todos los jóvenes del barrio que la cortejan al verla sola y hermosa?

RAQ. Sí, sí, pero solo hablar de esto me parece una infamia.

MICH. Insisto á pesar de todo: un marido es lo que necesita Teresa, y, además en esta casa hace falta un hombre.

RAQ. Tenemos á Lorenzo, que para mí, es desde hace un año, un hijo.

MICH. Pues precisamente...

RAQ. (*Interrumpiéndole.*) ¡Boda en mi casa cuando hay luto en mi corazon! ¡Buscar placeres para ella cuando quiere morir, y temo que su desesperacion la lleve á cometer un extravio!..

MICH. ¿Pues no decia usted que nadie se muere de pena?

RAQ. Cierto; pero temo que en un momento de arrebato... qué sé yo.

MICH. ¡Qué! ¿Suicidarse?

RAQ. ¡Ah! No sé, no sé.

MICH. Creo que todo se reduce, amiga mia, á buscar un hombre de corazon, un buen marido para ella, y un buen hijo para usted... Un... Lorenzo... por ejemplo...

RAQ. ¡Lorenzo!

MICH. ¿Por qué no? ¡Qué hermosa pareja! Hace tiempo que le doy vueltas á esa idea... ¿Podrá usted hallar otro marido mejor para Teresa?

RAQ. Verdad; parecen hermanos. ¡Ambos huérfanos y desgraciados!

MICH. Y yo creo que ha nacido en uno y otro cierta simpatía que se parece mucho al amor. No soy yo quien piensa así; en el barrio se susurra que más tarde, más temprano se casará Teresa con el que la salvó de la muerte. Pues sí, créame, señora Raquin, cáselos.

RAQ. Déjeme. Soy vieja, y si se quisieran ellos realmente, algun dia... á mi muerte...

MICH. ¡Eso es! ¡Rechaza la felicidad que podria proporcionarle!...

RAQ. ¡Felicidad!

MICH. ¿Y la de ella? ¡Qué egoistas somos los viejos!... Y la de usted misma, sí señor: ¿quién le dice que esta union no la bendecirá el cielo, otorgándole un nietecillo!...

RAQ. ¡Cómo sabe usted buscar el medio de que caiga yo en la tentacion para que se lleve á cabo ese proyecto...

MICH. Vamos, ya sonríe usted! Un paso más: ¡resolucion!

RAQ. ¿Y cree usted que ellos consentirán?...

MICH. Eso ya lo arreglaremos. Sí, háblele á ella: yo me encargo de él. Exploraremos.

RAQ. (*Despues de vacilar.*) Bueno. Lo pensaré despacio. Buscaré ocasion...

MICH. ¡Despacio! ¡Ocasion! Yo no podré volver, sabe Dios hasta cuándo. ¿Por qué no convertir las horas, de siglos de esperanzas, en minutos de realidades?

RAQ. (*Alarmada.*) Pero... ¿tan pronto?...

MICH. Ahora mismo. Mientras se cierra la tienda, yo hablo con él allí, y le envió hácia acá á Teresa.

RAQ. Déme usted tiempo... Estoy temblando...

MICH. Mírela. (*Viendo aparecer á Teresa por el foro.*) ¡Animo! Cuente usted con que voy... (*A Teresa.*) Hasta ahora. (*Mutis por el foro.*)

ESCENA VII

SEÑORA RAQUIN *y* TERESA.

RAQ. (*Haciendo por aparecer tranquila, y sobreponiéndose á su estado de preocupacion.*) ¿Qué tienes, hija mia? En toda la noche has despegado los labios.

TER. Estoy tan cansada... de...

RAQ. Piensa que tu tristeza me acongoja y debías consolarte, aunque no fuera más que por mí.

TER. ¿Y es usted quien me aconseja que olvide?

RAQ. No digo eso; pero tengo el deber de velar por tu salud... (*Transicion.*) Quisiera poder hallarte un consuelo.

TER. La muerte sería el único.

RAQ. ¡Morir! Es preciso ser ménos egoista con el dolor propio, y hasta sacrificarse por el bien ajeno, si la ocasion se presentara.

TER. ¡No entiendo á usted!

RAQ. Quiero decir que yo tambien sufro, y que si para mi ventura, te exigiese... que... me obedecieras...

TER. Obedeceria.

RAQ. No, no dispongo nada... Te pregunto. Ya ves,

vivir con una pobre vieja, enferma... Escucha. ¿No te incomodarás? Se les ha ocurrido á ellos, á los amigos, á Michaud... una cosa.

TER. (*Inquieta.*) Acabe usted.

RAQ. Y bien; han pensado que si tú, que eres jóven todavía, y hermosa, y solicitada...

TER. ¿Qué quiere usted decir?

RAQ. Yo el dia ménos pensado... soy vieja y achacosa, y ¡qué será de tí, sola en el mundo!

TER. No sé... Usted está fuerte todavía...

RAQ. No, me siento morir; y tú, sin familia, sin el amparo de un hombre.

TER. ¿Casarme yo? ¡Nunca! ¡Y se atreve usted á dudar de mis sentimientos!... Yo no quiero á nadie. Bien ha visto usted mi conducta con los pretendientes.

RAQ. (*Conmovida.*) ¡Ah! Ya sabia yo lo que me habias de contestar, sí; pero no se trata de esos pretendientes, sino... Es él, Michaud, quien me ha obligado á que te hable... (*Transicion.*) Y tiene razon en medio de todo. Piénsalo. Quizás hagas bien en aceptar. El te quiere...

TER. ¿Quién? ¡Sabe usted!... (*Sobresaltada.*)

RAQ. Michaud es el que me ha dicho...

TER. ¿Volverme á casar? ¡Dios mio!

RAQ. Pues se ha empeñado en hablarle esta noche mismo... y allá ha ido, á la tienda...

TER. (*Comprendiendo que alude á Lorenzo, y como escapándosele la exclamacion.*) ¡Ah!

RAQ. (*Sin advertir la alegría de Teresa.*) El marido que te elije es el mejor: era casi el hermano de Camilo...

TER. ¡Lorenzo!

RAQ. Eso es; tú lo has dicho.

TER. ¡Han pensado ustedes en él!... Pero...

RAQ. Es casi de la familia... y ¡fué tu salvador!

TER. Mas...

RAQ. ¿Accedes?

TER. Yo...

RAQ. Eres muy buena. Lorenzo nos querrá mucho, cuidará de todo.

TER. ¡Ah! eso sí, pero...

RAQ. (*Llorando aparte.*) ¡Pobre Camilo!

TER. ¿Lo vé usted?

RAQ. Nada, nada. Has consentido.

TER. Yo no he dicho...

RAQ. Sí, sí, es lo mismo; no te opones. ¿Es verdad? Teresa mia, (*Tomándole una mano*) me haces dichosa. (*Separándose de ella y cayendo en una silla y ocultando el rostro entre las manos.*) ¡Pobre muerto! ¡Yo he sido la primera que te ha hecho traicion!

ESCENA VIII

DICHOS *y* MICHAUD, SUSANA, GRIVET *y despues* LORENZO

MICH. (*A la señora Raquin.*) Lo he convencido. Mi trabajillo me ha costado. Pero consiente... ¿Y Teresa?

RAQ. Tampoco se niega... (*Michaud va á unirse á Teresa á la izquierda hácia el foro, y habla en voz baja con ella.*)

SUS. No, no, señor Grivet, inútil empeño. ¿Cómo he de bailar el dia de la boda con un hombre que no se ha casado por no cambiar costumbres? (*Susana va á unirse con Michaud y Teresa.*)

GRIV. Cierto, cierto, cierto, señorita. (*A la señora Raquin.*) Estas chiquillas creen que el matrimonio es cosa divertida. Cinco veces lo he intentado. ¡Pero cuando la gente se entiende, da gusto! Así es que Michaud ha visto inmediatamen-

te que entre Teresa y Lorenzo no habrá nunca disidencias conyugales. ¡Diablo! ¡Las once ménos cinco! (*Se quita precipitadamente el gorro y las gafas, preparándose para marchar.*)

LOR. (*Entrando, alarga la mano á Michaud.*)

MICH. (*Yendo hácia Lorenzo.*) ¡Bravo! Venid, venid acá, y que Dios os bendiga. (*Habla con ellos un momento en voz baja.*)

LOR. (*Acercándose á la señora Raquin, que permanece sentada, y llevando de la mano á Teresa.*) Señora Raquin, sus hijos desean devolver á usted la felicidad en cuanto de ellos dependa.

RAQ. (*Muy conmovida se levanta y los abraza.*) Sí, llámame tu madre, querido Lorenzo (*pausa breve*), haz que desaparezca la tristeza de su alma (*señalando á Teresa*), y mi hijo desde el cielo te bendecirá. Yo pediré á Dios una gracia: ¡que no nos castigue á todos, por ser demasiado felices!

Cuadro

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Las tres de la mañana.—La escena algo más adornada y arreglada que en los actos anteriores.—Gran fuego con reflejos blancos en la chimenea, cuidando de que cuando se indica se conviertan en luz roja. —Un quinqué encendido sobre la chimenea. Cortinas blancas en la cama. Las sillas adornadas con paños de crochet. Ramos de flores por todas partes.

ESCENA PRIMERA

TERESA, SEÑORA RAQUIN, SUSANA, GRIVET, MICHAUD

Teresa, la señora Raquin y Susana entran por la puerta del fondo vestidas de boda. Teresa en traje negro, modesto, de seda. Va á sentarse á la izquierda con aire de cansancio. Susana permanece en la puerta defendiendo la entrada á Grivet y Michaud, de negro, que quieren penetrar.

SUS. No, querido tío, no se puede entrar aquí... (*cerrando el paso á Grivet.*) ¡Vaya, vaya! Señor Grivet, le digo tambien que no se puede entrar aquí. (*Grivet hace ademan de abrazarla.*) Estése usted quieto. ¡Cómo se conoce que el líquido hace efecto! *(Le deja entrar y se coloca al lado de la silla que ocupa hácia el centro.)*

GRIV. Apenas he bebido. Pero déjeme sentar. (*Susana*

va á quitarle la silla, pero llega tarde y se sienta.)

SUS. No señor. Esta noche la trastienda es una habitacion sagrada. Ya se celebró la boda á puerta cerrada; allá abajo en la tienda se ha cenado, y los amigos se van retirando. Siga usted su ejemplo y deje en paz á la familia.

GRIV. ¡Eh! que yo formo parte de ella. A mí me deben su felicidad. Porque has de saber que hace un mes yo sugerí á Michaud la idea para que él les aconsejase... ¡Como á mí no me hacen caso! ¡Es particular! ¿Querrás creer, Susana; muchacha, querrás creer que se me habia á mí metido en la cabeza que estos se habian de casar?... ¡Ya ves tú qué cosas!

SUS. Sí, ya veo las cosas que hace ver el vino. Vaya, buenas noches. Voy á cerrar la puerta con llave, y luego veremos quién echa á ustedes á la calle... *(Hace como que se va y vuelve.)* No, primero esta puerta: lo que es por aquí *(se dirige primero á la izquierda, cerciorándose de que está atravesado el barrote)* no se ha de ir usted.

GRIV. Bien: por la ventana.

SUS. Cuando digo que el Jerez... Ya se ha olvidado usted de que tiene reja.

GRIV. Bueno, pues me quedaré aquí...

RAQ. *(A Susana)* ¡Espera, impaciente! Ya se van.

SUS. Son las tres. *(Mirando el reló.)*

MICH. Vamos, Grivet, que es tarde. ¿Y Lorenzo?

SUS. Está en la tienda despidiendo á los amigos; ¿lo llamo?

MICH. No. Ahí lo veremos, adios. *(Abrazando á la señora Raquin.)* Felicidades, y por muchos años. *(A Teresa.)* Quieta, hija, quieta. A tí nada te digo. Ya sabes cuanto ansío tu felicidad. (*Le da*

ambas manos.) Anda, Grivet. *(Empujándolo.)*

GRIV. Hombre, espera que me despida.

MICH. No seas pesado. Te has despedido cien veces.

GRIV. Advierto á ustedes que para esto de ayudar, en materia de quitar alfileres y desnudar al prójimo, soy una especialidad. *(Hace como que se va y vuelve.)* Teresa... A ver cuando comemos otros dulces con motivo...

RAQ. Vaya usted con Dios. *(Mutis de Grivet por el foro izquierda.)*

ESCENA II

DICHOS, *ménos* MICHAUD, GRIVET *y* SUSANA, *que se lleva un quinqué. Despues* SUSANA.

RAQ. Deberias ir despojándote de esas galas, hija mia. Son mas de las tres.

TER. Déjeme usted un momento. Estoy rendida de las ceremonias... Váyase á descansar, que bien lo necesita.

SUS. (*Entrando.*) ¡Ay! Con la puerta de la calle abierta se respira ahí el fresco de la madrugada. (*Apaga las luces de los candelabros de la chimenea, dejando sólo encendido el otro quinqué.*)

TER. Yo tambien desearia que se abriese esa ventana.

RAQ. ¡Qué disparate: los cambios bruscos de temperatura!

TER. Me sentaria bien. ¡Estoy tan fatigosa!

RAQ. El cansancio natural del tragin de hoy.

SUS. ¡Y luego tanto tiempo en la iglesia, y llorando todos como unas criaturas!

RAQ. ¡Bah! Dejemos el asunto. Hasta mañana, hija.

TER. Espere usted todavía... Me parece que tengo que decirle algo.

RAQ. No, calla. No es ocasion. ¡Si supieses cuántos esfuerzos he tenido que hacer para... tengo el

corazon en un puño; y sin embargo, soy feliz; ¿No has visto á los amigos, qué contentos? ¿Por qué no lo hemos de estar nosotros?

TER. Tiene usted razon. Hasta mañana. (*Se levanta.*) (*La señora Raquin va á abrazarla, pero se contiene y le alarga la mano, despidiéndose como si huyera.*)

RAQ. ¡Adios! (*Hace que se va y vuelve.*) Dime que no tienes ningun dolor. (*Cojiendo á Teresa ambas manos.*) Que no escondes ningun sufrimiento... (*Conmovida.*) Sí, Teresa, amarás á Lorenzo, como amabas á... (*Se abrazan, separándose la señora Raquin á la primera palabra de Susana, y váse enjugándose los ojos.*)

SUS. (*Alzando la voz.*) ¡Hay aquí un perfume delicioso! (*A Teresa.*) ¿No ha reparado usted en las flores?

TER. ¡Que tontería! ¡Esas flores te habrán costado un dineral!

SUS. Que ménos habia de hacer cuando sé que delira usted por las flores! (*Teresa la abraza en silencio.*) Buenas noches. (*Aparte. Con tono compasivo.*) ¡Qué pálida está! (*Mútis. Al llegar á la puerta, se separa para que pase Lorenzo.*) Buenas noches. (*Cierra la puerta tras sí.*)

LOR. Adios, Susana.

ESCENA III

LORENZO *y* TERESA

LOR. Teresa, ¡amor mio! (*Bajando al proscenio va á abrazarla.*)

TER. No. (*Rechazándole suavemente.*) Déjame... Siento frio. (*Siéntase.*)

LOR. Hénos por fin aquí. (*Despues de una breve pausa.* ¡Llegamos al cabo á este ideal soñado, á esta

querida ilusion! Hoy es realidad lo que ayer mero fantasma, producto engañoso de la imaginacion. ¡Ah! (*Como el que se descarga de un peso.*) Libres para amarnos á la luz del dia y sin misterios. (*Reclinándose sobre el respaldo del sillon donde se ha sentado Teresa, que da casi frente á la chimenea.*) Estamos en nuestro nido... Eres mia, enteramente mia de derecho, es decir, porque tú me lo has concedido. (*Va á tomarle una mano.*)

TER. (*Retirándola.*) No me encuentro bien. ¿No ves que estoy temblando? (*Poniendo sus manos sobre la que Lorenzo le habia alargado.*)

LOR. ¡Pobre angel mio! ¿Qué haré para devolverte la tranquilidad? Sonó la hora en el reló de nuestra dicha. Un año há que trabajamos para este momento de alegría, de abandono y de espansion... El porvenir ha de recompensarnos mucho para satisfacer la deuda que con nosotros tiene contraida.

TER. Sí, sí, tienes razon; pero no estés más tiempo así, te lo suplico. Siéntate ahí (*le señala otro sillon que estará cerca del velador*) y hablemos.

LOR. Pero ¿por qué tiemblas? (*Yendo á sentarse.*) ¿A qué viene esa niñada? (*Mirando á la puerta.*) Ya ves, estamos enteramente solos (*señalando á la puerta*) y soy tu marido. (*Transicion.*) Otras veces que venía á verte, por esta otra puerta que da directamente á la escalera, no temblabas; antes por el contrario, reias, hablando en voz alta, aun á riesgo de que te oyeran... Dime niña, ¿quién ha de venir aquí, quién?

TER. No aseguras que ninguno puede sorprendernos en nuestra noche de boda. ¡Noche de boda! (*Pausa breve.*) ¡Lorenzo, estás pálido! He notado en tu voz una emocion...

LOR. ¡Teresa! (*Con sonrisa forzada.*)

TER. ¿A qué echarla de valiente? Ya nos abrazaremos cuando el tiempo haya borrado recuerdos y podamos ser felices. No seas niño. ¡Si no has de pasar ante mis ojos como un imbécil! ¡Ah, no! ¡Ya sé que eres hombre de corazon! ¡Y tanto! (*Pausa Transicion: como quien se propone sacudir una pesadilla.*) ¡Cuánto viento ha hecho esta tarde!

LOR. Sí, y la mañana tambien ha sido desapacible.

TER. A la tarde ya se ha decidido la gente á salir de paseo... Cuántas señoras lujosamente vestidas nos hemos encontrado!

LOR. ¡Muchas! ¡El lujo es cada dia mayor! (*Colocando una silla próxima á los piés y extendiendo sobre ella las piernas. Pausa.*)

TER. Bueno será que los árboles no florezean demasiado pronto con este tiempo tan variable.

LOR. Es verdad. Esto mata la vejetacion é impide el desarrollo rápido de la primavera. (*Alzando el tono.*) En las orillas del Sena lo habrás notado, la vejetacion... (*Deteniéndose un instante.*)

TER. Sí. ¡Qué mañanas las de la primavera! (*Transicion: colócase en otra posicion en el sillon.*) Echa leña, Lorenzo, ¿no sientes frio? (*Lorenzo se levanta y arroja un tronco á la chimenea: desde este momento, el fuego debe ir animándose, procurando que se refleje en la fisonomía de ambos una luz roja, colocada dentro de la chimenea. En la batería menos luz.*) Son ya las cuatro. (*Mirando el reló de pared.*)

LOR. ¡Poco le falta! (*Pausa brevísima.*) (*Yendo á ocupar su asiento, que aproxima á la chimenea, colocándose más de frente.*)

TER. Dime: ¿no eres de mi opinion? ¿Te gusta pasear en coche por el bosque? Nada más tonto que

dejarse arrastrar uno entre filas interminables de coches, sin conocer á nadie, y atrayendo las miradas de todo el mundo... Como si extrañasen nuestras fisonomías... Como si fuésemos unos intrusos en su círculo... ¡Y cómo me miraban! Cualquiera diría que les llamaba yo la atencion de un modo extraordinario... Hubiera dormido de buena gana, ¡pero quién duerme con la impertinente curiosidad de aquellas damas!... Por más que me arrinconaba en el fondo de la carretela, hasta allí llegaban las escrutadoras miradas... No sería mi traje, que no tiene nada de llamativo, ¿verdad?

LOR. (*Forzadamente.*) Era tu belleza sin duda la que llamaba la atencion...

TER. No habria dado tan insulso paseo, á no ser por tu empeño en que saliésemos solos en aquel carruaje cerrado que parecía un ataud.

LOR. Deseaba estar solo despues de la comida y de tantas ceremonias, y no hallé otro motivo...

TER. Me explico tu deseo. Yo tambien anhelaba huir de las estúpidas bromas de Grivet. Y luego, ¡qué cosa tan odiosa comer en una fonda!

LOR. ¡Uf! Con aquel techo tan bajo, como de entresuelo. ¡Qué diferencia de nuestros almuerzos!.. (*Deteniéndose.*)

TER. (*Concluyendo la frase despues de un instante.*) Sí, de nuestros almuerzos á orillas del Sena. Como si no tuviera bastante con el latido de mis sienes, á cada instante me recuerdas...

LOR. (*Pausa.*) Vamos, mujer, habla. Parece como que temes que...

TER. Que salgan á los labios mis pensamientos. (*Transicion.*) ¡Pero tienes razon! Es preciso charlar. (*Pausa brevísima.*) ¿Has visto qué salas más desmanteladas las de la alcaldía? Y luego

habrás de confesar, á pesar de tus ideas, que es ridícula la ceremonia del matrimonio ante el alcalde. ¡Un momento tan sublime, y sin embargo, nada impone!

LOR. ¡Oh! Sí. El matrimonio en la alcaldía es muy ridículo, como tú dices! En la iglesia ya es otra cosa. Es un sacramento que requiere otros préviamente: la confesion, por ejemplo... (*Se levanta y pasea.*)

TER. (*Se estremece á las últimas palabras de Lorenzo.*) ¡Qué húmeda estaba la iglesia!

LOR. Esa fué sin duda la causa de tu desvanecimiento. Pero ya te encuentras bien, ¿verdad? (*Le toma las manos, viniendo á sentarse á su lado.*)

TER. Sí, creo que lo que motivó mi vahido fué el espectáculo de aquella misa de cuerpo presente. Oye, Lorenzo, creí verlo... (*Bajando la voz.*) Cuando bromeaba el pobre asido á la barca, creyendo que no habia peligro. ¿Te acuerdas?

LOR. (*Se levanta y obliga á Teresa á levantarse, sacudiéndola como para despertarla de una pesadilla.*) ¿Qué es esto? ¡despierta!... Es una pesadilla. Oye, oye, acuérdate, que no habia cadáver alguno en la iglesia. Eran simplemente unos funerales... ¿Estás loca ó vas á volverme loco? ¿Qué pretendes? Nos atormentamos sin razon.

TER. No, Lorenzo. Advierte que con cualquier motivo, siempre nuestra conversacion recae...

LOR. No seas niña. Hoy ha sido un dia extraordinario. ¿No hemos pasado un año... tranquilos? El tiempo se encargará del resto. Se explican tus alucinaciones en el dia de hoy: pero olvídalas en mis brazos. Te aseguro que olvidarás todo. ¡Teresa mia! (*Va á abrazarla.*)

TER. (*Rechazandolo.*) Bien está. No me atormentes... júrame que no pretendes contrariarme. Sé bue-

no como en otras ocasiones que te he suplicado. (*Pausa. Lorenzo, despues de reflexionar, se levanta, da algunos pasos por la habitacion, hace como que busca algo en sus bolsillos y por último váse por la puerta del foro, despues de demostrar con ademan que ha adoptado una resolucion.*)

ESCENA IV

TERESA *sola*

La batería, más débil en esta escena. Teresa queda meditando, vuelta hácia la chimenea. Cuando advierte que se ha marchado Lorenzo, exclama sobresaltada.

TER. ¡Cómo! ¿Se ha ido? ¡Me deja sola! Lorenzo, Lorenzo (*á media voz*), no me abandones, vuelve á mi lado... ¡Soy tuya, soy tu mujer! ¡Ah! (*Mirando el quinqué.*) ¡Qué poco alumbra esa luz! (*Señalando á la de la chimenea que continúa con el reflejo.*) ¡Si se extinguiera esa llama! (*Transicion.*) ¿Por qué lo he rechazado? Mas ¡cómo prodigarle mis caricias, cuando mis labios están frios como el hielo, y tiemblo á mi pesar! ¡Ah!.. (*Se oye el ruido de una llave introduciéndola en la cerradura de la puerta izquierda.*) Sí, es él, lo reconozco, gracias, gracias, Lorenzo, por tu bella idea. (*Llena de amor.*) ¡Así te recibia en otras ocasiones, siempre alegre en tiempos felices! (*Se dirige precipitadamente á la puerta y procurando no hacer ruido descorre el cerrojo; Lorenzo entra y cierra tras sí la puerta con rapidez yendo á caer en brazos de Teresa que lo espera en el proscenio. Teresa y Lorenzo repiten exactamente el juego escénico del principio de la escena quinta del acto primero.*)

ESCENA V

TERESA *y* LORENZO

TER. Presentia tu llegada. Me la anunciaba el corazon... ¡Hace tanto tiempo que no he podido abrazarte con libertad! (*Cariñosa.*) Ahora no te separarás más de mi lado.

LOR. Nunca. ¡Descansa aquí sobre mi pecho, pobre ángel mio!

TER. (*Levantando rápidamente la cabeza del hombro de Lorenzo.*) Lorenzo, he sentido ruido.

LOR. ¡Ilusiones!

TER. Sí, no me cabe duda. (*Transicion.*) No; será la voz de la conciencia que nos sorprende en esta comedia indigna. (*Separándose de Lorenzo bruscamente. Exaltacion.*) ¡Si no podemos amarnos! si hemos matado el amor en nosotros! No añadamos á nuestra culpa el cinismo; la crueldad; la infamia.

LOR. Pues bien; acabemos de una vez. Yo curaré tus puerilidades á pesar tuyo; te devolveré la paz y la alegría aunque no quieras; haré que el amor renazca en tu pecho, aun sin tu voluntad. Pero obedéceme; soy tu marido y exijo de tí lo que las nimiedades de un carácter débil no quieren concederme. (*Va á tomarle una mano.*)

TER. ¡No! (*Retrocediendo hasta llegar delante de la chimenea.*)

LOR. (*Con calma simulada.*) Comprende, Teresa mia, que sería necio y ridículo, despues de haber hecho tanto por nuestra felicidad... (*Transicion.*) No pretendo de tí, hoy por hoy, sino que te tranquilices, que estés contenta, que descanses. Y si ahora no me idolatras como en otro tiem-

po, porque lo extraordinario de nuestros recuerdos lo impide, que procures volverá amarme con aquella pasion de otras veces que tan felices nos hizo. Reconoce que sueñas con un imposible; el imposible de que alguno llegue hasta aquí á turbar nuestra noche de boda.

TER. ¡Oh! No lo repitas, te lo suplico. Podría él aparecer al chasquido de nuestros besos.

LOR. (*Con risa forzada.*) ¡Já, já, já! ¿Quieres asustarme para que me retire? Pues bien; en ese caso, me despido de tí con todo cariño. (*Aproximándose á ella lentamente.*) Como un hermano, deseándote felices noches. Dentro de poco será de dia, y mientras tú duermes, yo respiraré el aire fresco de la madrugada. Adios, niña caprichosa. (*Alargándole la mano.*)

TER. (*Que ha estado mirando el retrato fijamente.*) ¡Ah! ¡Piedad, míralo! (*Cogiéndole la mano y tratando de ocultarse detrás de Lorenzo.*)

LOR. ¿Qué? (*Transicion.*) Qué maldito sueño! (*Procurando dominarse.*)

TER. ¿No lo decia? ¡Ahí lo tienes! Allí... ¡Es Camilo! (*Señalando el retrato.*) Me pareció oir un rumor, primero en las puertas de la tienda, y luego sentir...

LOR. ¿Dónde?

TER. ¡No! Si no se mueve... ¿No lo ves? Se contenta con mirarnos... Es aquel, su retrato.

LOR. Sí, es su retrato. (*Sobreponiéndose.*) El que le hice yo mismo. (*Aparte.*) Es particular. ¡Cómo sudo! (*Alto.*) Acabarás por comunicarme tu fiebre. Sosiégate. ¿No ves que se trata de mi obra? Todo se reduce á quitarlo de allí. Nadie lo extrañará. (*Se sienta.*) Los hombres tenemos nuestros pequeños celos al casarnos con una viuda... Quitándolo de allí... todo se ha acabado.

TER. Bueno, quítalo; quizás tengas razon. (*Sentándose en el sillon al lado de la silla que ha ocupado Lorenzo.*)

LOR. (*Mirando el retrato.*) Mentira me parece que yo haya pintado unos ojos tan expresivos... No lo recordaba á fé mia. Pero... yo los corregiré. Por el pronto bastará con que no te martirice.

ESCENA VI

DICHOS *y la* SEÑORA RAQUIN *por el foro*

La señora Raquin aparece con una palmatoria poniendo la mano por delante de la llama para ocultar la luz cuya palmatoria dejará despues sobre el velador. La batería irá iluminando poco á poco la escena, hasta el máximum al final del cuadro.

RAQ. No, ambos están aquí. (*Con la puerta entreabierta.*) Yo hubiera apostado, sin embargo, que Lorenzo ha salido á la calle cerrando la puerta de la tienda por fuera... Y juraria que han gritado. ¿Eh? ¿Qué hace? (*Durante las palabras de la señora Raquin hablan en voz baja Teresa y Lorenzo, como si éste tratase de disuadir á Teresa. Lorenzo va hácia el retrato y lo descuelga, viniendo á presentárselo á Teresa en el proscenio.*)

LOR. (*A Teresa que se ha levantado.*) Míralo, míralo y convéncete! (*Esforzándose por reir.*) ¡Já, já, já! Verdad, Teresa, que á pesar de lo que le embellecí, siempre resulta un imbécil!

RAQ. ¿Qué oigo? (*A media voz ahogada por la ira.*) (*Se adelanta y deja la palmatoria sobre el aparador.*)

TER. ¡Apártalo de mi vista!

LOR. ¿Por qué? (*Risa forzada.*)

TER. ¡No ves, Lorenzo, que nos mira como cuando lo arrojamos al Sena!

RAQ. ¡Jesús! *(A esta exclamacion fuerte de horror y cólera, vuelven Teresa y Lorenzo la cabeza, ven á la señora Raquin y exclaman.)*

LOR. } ¡Ah! *(Lorenzo deja caer el retrato y Teresa tra-*
TER. } *ta de cubrirse con Lorenzo.)*

RAQ. ¡Miserables! ¡Vosotros matásteis á mi hijo! ¡Asesinos!... ¡A...sesinos!... *(Ahogándose en las últimas palabras: grito descompuesto. Teresa y Lorenzo han retrocedido hasta la chimenea. Da un paso como para arrojarse sobre ellos, pero cambia súbitamente de idea, y retrocede, corriendo con paso torpe y tropezando hasta llegar á la ventana. La abre de golpe. La luz de la luna ilumina la parte foro de la escena. Cógese la señora Raquin á la reja de la ventana para gritar)*: ¡Socorro!... ¡Socorro!... *(Ahogándose.)*

LOR. *(Al ver á la señora Raquin abrir la ventana y procurar gritar)*: ¡Oh! ¡No hablarás! *(Saca un puñal y corre hácia ella, que intenta huir, y cogiendo las cortinas en un momento de convulsion, las arranca, quedando ella contra el muro. Teresa al ver la actitud de Lorenzo, corre á colocarse delante de él, en el centro. La llama roja de la chimenea, ilumina los semblantes de ambos. La señora Raquin intenta gritar todavía, pero no lo consigue. La luz blanca de la luna ilumina esta figura.)*

TER. ¡Ah! *(Cúbrese el rostro con las manos.)*

LOR. ¡Oh! *(Como quien sacude un grave peso: envaina el puñal y lo guarda.)* Es la paralisis que los médicos anunciaban; no es preciso matarla. Se queda muda. *(Frialdad glacial.)*

RAQ. *(Lanza un sonido ininteligible.)*

LOR. Es la paralisis. Ya no hablará. Lo habia predi-

cho la ciencia. (*A Teresa cogiéndola una mano.*)

TER. Socorrámosla, Lorenzo; se muere y yo sola no me atrevo.

LOR. (*Imponiéndole silencio*) No, alto; cuando el acceso pase la llevaremos á su lecho, de donde la levantaremos paralítica (*frialdad glacial de un hombre avezado al crímen*), ó acaso no sea preciso levantarla: quedará muerta.

RAQ. (*Nuevo esfuerzo inútil. Al notar que le faltan las fuerzas, da unos pasos, resbalando por el muro, hasta llegar á la puerta foro, en cuyo sitio queda inmóvil mirando á Teresa y Lorenzo hasta la caida del telon. El juego de las figuras queda al arbitrio de los actores y del director de escena que pueden modificar las acotaciones todas.*)

LOR. Ya lo ves. Nada temas. Sus labios no pronunciarán una palabra de cuanto escucharon sus oidos.

Cuadro

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Las cinco de la tarde.—La escena ha tomado el aspecto del segundo acto.—Las cortinas súcias; el cuarto revuelto; un colchon de la cama está á los piés de la misma.

ESCENA PRIMERA

TERESA *y* SUSANA.

(*Ambas trabajan al lado de la mesa de labor.*)

SUS. No necesitamos darnos gran prisa para concluir la tarea; somos unas modistas de primer órden.

TER. Gracias á tí, podré entregar este vestido dentro del plazo que me habian fijado.

SUS. No me lo agradezca usted; para mí es una distraccion... ¿Y la señora Raquin, cómo está hoy?

TER. Como siempre, inmóvil; pero parece que no sufre.

SUS. Acertó el médico; y aquella tristeza que la atormentaba constantemente acabó como lo habia predicho... Cuando la veo rígida en su butaca y con las manos blancas como el mármol, inmóviles sobre sus piernas, me parece una de esas esculturas egipcias que son el símbolo más

acabado de la muerte. ¿No puede mover las manos, verdad?

TER. Ni las manos, ni las piernas; es un cuerpo muerto en que no viven más que los ojos.

SUS. Mi tio cree que ni oye ni comprende. Habrá perdido tambien la inteligencia: estará imbécil.

TER. ¡Ah! No. Se engaña: comprende todo.

SUS. Sí, los ojos parecen indicarlo, y tiene una mirada que espanta... ¿No os dá miedo? Porque á mi... yo no podria cuidarla; pero Lorenzo y usted son tan buenos para ella...

TER. Cumplimos con nuestro deber.

SUS. ¿Y comprenden ustedes el lenguaje de sus ojos? Grivet se empeña en que entiende todo lo que quiere decir... ¡Tonterías suyas!... Mi tio asegura que el médico da esperanzas de que volverá á adquirir movimiento y palabra.

TER. No lo creo... está muerta. (*Breve pausa.*)

SUS. Y Lorenzo está ahora poco en casa.

TER. Desde que dejó el destino y volvió á los pinceles, se va por la mañana á esa iglesia donde pinta y no vuelve hasta la tarde.

SUS. Si me ofrece guardar el secreto le diré una cosa.

TER. ¿Qué?

SUS. Que el otro dia he ido con mi tio á ver los trabajos de Lorenzo.

TER. Sí, creo que es un cuadro de grandes dimensiones lo que hace.

SUS. No, todavía no lo ha empezado; lo que tiene ya hechos son los estudios. Muchas cabezas, cabezas de ángel, cabezas de viejo, cabezas de vírgenes... Pero lo que nos chocó es que todas se parecen... se parecen á...

TER. Acaba.

SUS. Sentiria evocar un recuerdo triste.

TER. Vamos, dí.

SUS. Pues ángeles, ancianos y vírgenes, todas esas cabezas recuerdan la de... la de Camilo. (*Movimiento de Teresa.*) Mi tio las encuentra á todas muy pálidas y además, tienen un no sé qué en la boca, que es como una sonrisa... pero... ¡así deben sonreir los muertos!

ESCENA II

DICHAS *y* LORENZO

LOR. Buenas tardes.

SUS. Muy buenas. (*A Teresa.*) Que no le diga nada. (*Signo afirmativo de Teresa.*)

LOR. ¿Se trabaja?

TER. }
SUS. } Sí.

LOR. Estoy rendido. ¿Está la comida?

TER. Sí.

SUS. Me voy.

TER. No incomodas.

SUS. De todos modos bajo á la tienda á buscar unas agujas que me hacen falta, y despacharé, si viene algun parroquiano. (*Mutis.*)

ESCENA III

DICHOS *menos* SUSANA

LOR. No ha habido tiempo en todo el dia para quitar eso de ahí. (*Señalando al colchon.*) ¿Es preciso que la gente se entere de que tenemos dos camas?

TER. Haberlo quitado tú cuando te levantaste; yo tengo mucho que hacer. Necesito entregar esta costura, pues me han dado mucha prisa.

LOR. Corriente; no disputemos. Ya vendrá la noche

para pelear. ¿Y Michaud? Ahí estará en la cocina dando compañía muda á su amiga, entretenido en leer periódicos mientras ella dormita.

TER. Acabará el muy estúpido por arruinarse, teniendo, como tiene, completamente abandonado su comercio, por acompañar *á su amiga.* (*Sarcástico.*)

LOR. ¡Censúraselo, mujer!

TER. ¡Perdona, Caton!

LOR. Pero dí, Teresa, ¿qué habria sido de tu madre sin Grivet y sin Michaud, despues de... la enfermedad?... ¿Quién arregló todas las operaciones de la primera liquidacion de la tienda?

TER. Un amigo mio, un protector incógnito. Eso lo he conseguido yo.

LOR. ¿Tú?

TER. Yo. ¿Pues crees que la persona á quien hablaron, no me conoce? Buen cuidado tuvo de decirles: «Por ella lo hago.»

LOR. ¡Teresa!...

TER. ¿Tengo [yo la culpa de ser todavía hermosa?... (*Transicion.*) Pero si lo que quieres decir de Grivet y Michaud, es que son personas muy estimables, lo concedo. ¡Ya quisieras parecerte á ellos!

LOR. ¡Sí! ¿Quién sabe lo que se habrán guardado de la liquidacion? El interés...

TER. Tú, en cambio, no eres interesado. No falta sino que los llames ladrones, cuando comes gracias á ellos.

LOR. Mientes: como de mis cuadros.

TER. Hasta ahora, señor Murillo, no le han pagado á usted sus obras.

LOR. Dices lo que te consta que no es cierto, por el placer de mentir. Del dinero que he tomado á cuenta, ¿no has consumido tú una parte?

TER. ¿Yo? Yo vivo de mi costura. Mira la tarea de hoy.

LOR. Gracias á Susana, á la cual explotas.

TER. Lo hace con mucho gusto; ¿no ves que la gratifico muy bien por los recadillos que me hace?

LOR. ¿A quién?

TER. Justamente á nuestro protector, á ese caballero que dió el dinero para la liquidacion.

LOR. Teresa, no me desesperes. (*Sacudiéndola un brazo.*) Si ya sé que inventas para mortificarme.

TER. (*Desasiéndose.*) ¿Por qué no te paseas cuando terminas tu trabajo, y no que vienes á mi lado?... y me eres insoportable. (*Lorenzo se pasea agitado.*) ¡Si vieras qué tranquila estoy cosiendo cuando no te veo! ¡Tú, en cambio, no estarás en paz contigo mismo pintando en una iglesia! Y parece providencial lo que te pasa: dicen que retratas á Camilo en la cabeza de cada santo mártir que pintas. (*Se levanta.*)

LOR. ¡Oh! (*La coje de un brazo.*) Calla, calla, que tengo conciencia, mientras que tú, ni conciencia ni religion. (*La hace sentar bruscamente.*) ¿Vienen ya? (*Mirando á la tienda.*)

TER. (*Como despertando cambia repentinamente: tono suplicante.*) Dile a Michaud que no la traiga. Yo la daré despues de comer. Cuando está con Michaud delante de mí, tiemblo, pues desde hace algunos dias va adquiriendo cierta agilidad, y su vista...

LOR. ¡Qué! Lo han dicho los médicos. Calló y ha callado para siempre.

TER. Pero podrá escribir algun dia.

LOR. ¿Con qué mano? Es una paralisis casi general, que solo se cura con la muerte. Ya están aqui. (*Teresa se prepara á poner la mesa, que será la del centro de la escena. Lorenzo sale á recibir á la se-*

ñora Raquín que viene en una butaca de ruedas, arrastrada por Susana y Michaud. En el momento de sustituir Lorenzo á Michaud, la señora Raquin le mira con horror. Susana vase para volver luego con un quinqué que coloca sobre la mesa.)

ESCENA IV

DICHOS, MICHAUD *y* LA SEÑORA RAQUIN

MICH. ¡Hola! Ya se disponen ustedes á comer. (*Los brazos de la señora Raquin deben aparecer enteramente muertos.*)

TER. ¿Quiere usted hacerlo con nosotros? (*A michaud.*)

MICH. No, gracias. (*Mirando el reló.*) Me voy hácia casa.

LOR. Como trabajo ahora, tenemos que comer más tarde.

MICH. Sí, sí... Con que, amiga mia, (*A la señora Raquin.*) ¿qué tal? ¿Eh? Me parece que vamos haciendo pinitos. (*A ellos.*) ¿No creen ustedes que mejora?

LOR. ¡Psché!

MICH. Teresa, ¿usted no nota que sus ojos van adquiriendo cierta expresion, que su mirada no es ya la de un idiota?

TER. ¿Qué sé yo?

MICH. Serán aprensiones: pero... vamos, juraría...

ESCENA V

DICHOS, GRIVET

GRIV. (*Jovial.*) Héteme aquí, ¿Qué tal? Vosotros siempre tan tristes. ¡Ah! Antes de casaros, por una cosa; ahora por otra...

MICH. ¿Tú por acá?

GRIV. Pasaba, y no he querido dejar de ver á nuestra buena amiga. ¡Ah, valiente! ¿Se alegra usted de verme? Como que somos amigos antiguos. Desde el crímen aquel... Eras tú entonces inspector de policía. Luego te quitaron porque dijeron si eras ó no torpe.

MICH. Y me hicieron un favor, porque me metí á comerciante y me va perfectamente. Pues sí, entonces nos conocimos todos. Allí, ésta me sirvió de guía para capturar á los delincuentes. Habia salido ella de campo y me puso en la pista. Vió pasar un hombre y una mujer hácia París, precipitadamente... y... ¿No recuerdan ustedes una mujer y su amante, que mataron al marido para gozar á sus anchas del adulterio? Yo los prendí. (*Mirando á la señora Raquiu.*) ¡Hola! ¡Cómo se anima! ¡Sí, hace muchos años!

GRIV. Sí, recuerdo los detalles; me lo has contado cien veces. ¡Siempre has tenido mucho ojo para descubrir á los criminales!

MICH. Hoy mismo me precio de leer en el rostro de cada cual sus recónditos pensamientos. Y luego, sé callar. La mitad de los crímenes no se averiguan, porque el que sospecha, comunica á otros sus dudas... ¡y... adios! No, como yo sospeche de alguien... En diciéndome, se ha cometido tal delito... en seguida digo ¿sí? pues éste, ó éste (*Señala a Teresa y Lorenzo. Pausa brevísima al notar un movimiento en éstos*), ó aquél, son los autores.

GRIV. Pero ¡diantre! Como te mira. (*Transicion.*) ¡Já, já! Vaya, por mí no dejen ustedes de...

LOR. ¡Oh! no. De ningun modo. No estará todavía la comida; ustedes son como de casa.

GRIV. Yo he dicho: como la entiendo tan bien, voy á

ver sí á aquella buena señora se le ocurre algo.

MICH. Es tu manía constante la de adivinar todo. Y si no, vaya, dinos que quiere ahora que no quita ojo de mí.

GRIV. Esperad. (*Se sienta á su lado. La señora Raquin vuelve la cabeza lentamente.*) ¿Eh?.

MICH. ¡Ha vuelto la cabeza!

TER. (*Aparte.*) ¡Dios mio!

LOR. (*Reponiéndose.*) Señor Grivet, no la mortifique usted, esas pruebas no conducen...

GRIV. ¡Ta, ta! Hombre, te contraría que mejore.

LOR. ¡Por Dios! Sino que comprendo que es...

MICH. Dice bien Lorenzo. ¡Cuántas cosas no habrán intentado ellos!

GRIV. Lo cual no es una razon para que nosotros no seamos más felices en nuestras pruebas. Charlemos como buenos amigos. (*A la señora Raquin.*)

MICH. La cuestion está en saber interrogar.

GRIV. ¡Oh! No todos hemos sido inspectores de policia!

LOR. Déjele usted Michaud, cada loco con su tema.

MICH. (*A la señora Raquin.*) Tiene usted que pedir algo á su amigo Grivet, ¿verdad? (*Pausa.*) Pues no es verdad. De quien quiere algo es de mí... A ver...

GRIV. ¿Quiere usted que la dejemos á sus anchas durante la comida? ¡Ah! ya caigo, desea que...

MICH. No, Grivet, no la incomodes más; la estamos mortificando.

TER. Cierto, en realidad no quiere nada.

LOR. (*A Teresa.*) No pierdas detalle. Tenias razon. Hay en sus ojos un brillo siniestro y raro.

GRIV. Es inútil que lo mire usted. Si no pone usted de su parte para que la entendamos... Un esfuerzo como el de antes. Invente un medio. Usted sola puede indicarnos.

LOR. No la impacientemos. Debe sufrir mucho agobiándola á preguntas.

MICH. (*Aparte.*) ¡Que empeño! ¡Es singular! (*Alto.*) Como mejora visiblemente, debemos todos... Ademas la señora Raquin sabe que sus menores indicaciones serian órdenes terminantes para nosotros. Imponiéndose esta obligacion de darse á entender... (*A todos.*) Reparad, reparad, me ha oido y parece dispuesta... (*La señora Raquin ha hecho un ligero movimiento.*) Teresa, ¿por qué no hace usted por interrogarla, á ver si...

TER. ¡Oh! ¡Es inútil!

MICH. (*Aparte.*) ¡Inútil! Pero señor ¿los enfermos no se curan?

GRIV. Sin duda que soñamos en un alivio ilusorio.

MICH. Pues yo... (*Aparte.*) Pero que maldita cabeza la mia!

LOR. ¿Por qué no vienen ustedes esta noche y jugaremos, á ver si se distrae? (*A Grivet.*)

TER. (*A Lorenzo.*) ¿Qué?

MICH. Yo no puedo. Estoy ocupadísimo. ¡Como me paso aquí las tardes!

TER. Cierto. (*A Lorenzo.*) ¡Por caridad, no insistas!

MICH. Así, pues, hasta mañana.

GRIV. Alto, alto. Observad todos: ha movido este brazo.

TER. (*A Lorenzo.*) Estamos perdidos. Ha hecho un esfuerzo sobrehumano y...

LOR. (*A Teresa.*) ¡Imposible!

MICH. ¡Albricias! Mirad, es evidente. ¡Ella no tenía el brazo ahí!

GRIV. Cuando yo decia...

MICH. (*A la señora Raquin.*) Bueno, bueno; no hay que cansarse, despacio: ¿Con que ya somos dueños de las manos? Esto es algo. (*A Teresa y Lorenzo.*) ¿Lo veis?

LOR.
TER. } ¡Sí!

TER. (*A Lor nzo.*) Resucita.

LOR. (*A Teresa.*) ¡Bah! Las manos no hablan.

TER. (*Idem.*) Pero escriben.

LOR. (*Idem.*) Se cortan ¡Hay tiempo para todo!

MICH. (*Durante los apartes anteriores ha hecho algun movimiento la señora Raquin con los dedos y el brazo derecho.*) ¡Eh! ¡Eh! ¿Qué dedos son esos? (*Aparte.*) Apostaria,—es extraño,—que no se alegran Teresa y Lorenzo. Aquella práctica de inspector...

LOR. (*Forzadamente.*) Está visto, Dios se apiada de nuestra desgracia... y ¿qué querrá decir?

GRIV. Sí, hombre, sí, que no puede hacer letras con los dedos; (*A la señora Raquin.*) bueno, paciencia, hará usted signos.

MICH. (*A Teresa.*) ¡Qué felicidad!

TER.
LOR. } ¡Oh! ¡Sí, sí!

TER. (*A Lorenzo.*) Estamos perdidos.

LOR. (*A Teresa.*) Calma y disimulo.

MICH. (*A Teresa y Lorenzo.*) Os ha señalado.

TER.
LOR. } ¡Cómo!

GRIV. Sin duda quiere darnos á entender el sentimiento de gratitud que hácia vosotros le anima, ¿No es cierto, Michaud?

MICH. Sí, sí.

GRIV. Ahora mira á ustedes.

TÉR. Sí, es verdad.

LOR. ¡A nosotros!...

MICH. Vamos, hay que esperar otro esfuerzo.

TÉR. ¡Oh! ¡No! (*Sin poder contenerse. Michaud la mira atentamente. Nadie advierte esta mirada y movimiento de Michaud.*)

MICH. (*Con intencion y pausadamente.*) No; digo que otro esfuerzo ahora sería contraproducente.

LOR. Además, sería inútil; ya lo veis, está rendida.

GRIV. Mañana se dará otro paso. Despacio, y sobre todo que nos ayude la ciencia.

LOR. Díce usted bien; debemos avisar al médico para que auxilíe esta naturaleza, y no sea perdido ni aniquilado el portentoso progreso que Dios milagrosamente ha realizado.

MICH. Está claro. Ea. ¿Qué esperas? Vamos á dejar comer tranquila á esta gente.

GRIV. Sí, vámonos. Hasta mañana; ánimos, señora Raquin; ya vamos siendo fuerte, ¿eh? Adios, adios todos.

MICH. ¡Adios, amiga mía! Buenas noches. (*Dando la mano a Teresa. y Lorenzo. Aparte.*) ¡Ah, ya estoy en la pista! (*Vase por la puerta del foro.*)

ESCENA VI

DICHOS *ménos* MICHAUD Y GRIVET

TER. ¡Ah! ¡Gracias á Dios! casi nos denunciaba.

LOR. ¡Calla! De todo se entera. ¿A qué torturar su alma? ¿No le das de comer?

TER. Luego. (*Secamente.*)

LOR. Despues llámame cruel y dí que me complazco en martirizarla.

TER. Luego. (*Idem.*) Hablemos de otra cosa. Presiento que lo saben todo y casi me alegraria... Así acabará esta farsa que se va haciendo intolerable. Con qué tranquilidad respiraré el dia que sepa todo el mundo... ¡Qué me importa la vida si es para mí un suplicio eterno!

LOR. ¿Quieres callar? (*Transicion.*) Es indispensable procurar que ni hable ni escriba. (*Movimiento de la señora Raquin que ellos no advierten.*)

TER. ¡Jesús! ¿Un nuevo crímen? Jamás!

LOR. Y sin embargo no hay más que dos caminos para concluir con esta existencia que tanto te pesa. O el que acabas de indicar, para el cual te falta valor ó el segundo...

TER. Para el cual, á pesar de que la echas de valiente, te falta valor tambien.

LOR. Para los medios indirectos no se necesita tanto como supones.

TER. Te juro que me repugnas... más, infinitamente más que las hediondas caricias de aquel hombre enfermo. Ya ves, las tuyas, ni aun las he gustado desde que soy tu mujer. Busca por ahí á quien prodigarlas. ¡Te aborrezo!

LOR. ¡Teresa!

TER. ¡Ah! ¿Se irrita el artista? (*Sarcasmo.*) ¡Qué sensibles son los caballeros que dedican su inteligencia á las bellas artes. Porque tú eres un cumplido caballero, tierno como una dama y delicado como una flor!

LOR. Eres la mujer más infame... Comprendo que me impulsaras á todo.

TER. Tú, en cambio, eres un ángel, mientras que Camilo era un grotesco tendero, como tú le llamabas.

LOR. ¡Teresa, por favor! Estoy rendido de luchar. Si, tú tambien, lo comprendo... por esto mismo procuremos no disputar.

TER. ¡Hazte la víctima! Pero ¿no has comprendido todavía que te provoco para que me asesines, porque no tengo valor para suicidarme? ¿Qué esperas? Eres un cobarde que ni aun ante los insultos sabes defenderte.

LOR. Teresa... esto todos los dias y á todas horas ¡gran Dios!

TER. ¡Já, já! ¡Qué exclamacion tan dramática! Tu

madre, sin duda, fué cómica y te enseñó á ser histrion!

LOR. ¡Lo que no me enseñó es á tener paciencia! (*Empuñando un cuchillo de la mesa.*)

TER. Ni á horrorizarte con el espectáculo de la muerte, lo recuerdo; pero no estás acostumbrado al patíbulo, porque tiemblas ahora que lo nombro.

LOR. ¿Estás loca?

TER. Tan cuerda como cuando falté á mis deberes y sucumbí para hacerte feliz. ¡Oh! ¡Qué contento estabas! ¡Es tan... tan *cómodo* tener relaciones con una mujer que tiene cubiertas sus atenciones!

LOR. ¡Pudor, pudor, al ménos delante de ella!

TER. ¿Por qué lo manchaste tú; tú, que no satisfecho con arrancarle la honra, le arrancaste la vida á aquel infeliz.

LOR. ¡Teresa! (*Va a lanzarse sobre ella que da un salto atras.*) ¡Infame! demasiado sabes que quise salvarlo cuando todavía era tiempo y me arrepentía en el momento mismo... y tú ¿qué me respondiste? te aferraste á mi cuello... y ni una palabra de conmiseracion. (*Deja caer sobre la mesa el cuchillo que habia cogido, y al alcance de la mano de la señora Raquin.*)

TER. ¡Mentira! (*Provocándole.*)

LOR. Engáñate cuanto quieras, pero en el último instante fuí más generoso que tú.

TER. ¡Falso, tú fuiste el asesino! (*Durante esta escena la señora Raquin debe agitarse en su asiento y denotar todo género de sentimientos con el rostro. En un movimiento de su mano arroja el cuchillo al suelo. Lorenzo ve la accion y se lanza sobre el arma.*)

LOR. (*Cogiendo el cuchillo.*) Y bien; ¿qué? Yo lo fuí y lo voy á ser de nuevo. (*Va sobre ella con la ce-*

leridad del rayo. Ella huye detras del lecho y él la persigue. Oyese ruido de lucha que se supone entablada detras de la cama, y un grito de Teresa. La señora Raquin se levanta y exclama:

RAQ. ¡Ah! (*Sonidos inarticulados de la señora Raquin que cae de nuevo en el sillon.*)

LOR. (*Descompuesto el traje y la fisonomía, aparece entre las cortinas del lecho. Con media voz.*) ¡Oh! Solo, sin más testigos que Dios y... (*Mirando al sillon, se prepara a huir.*)

MICH. ¡Oh! ¡Alto, miserable! (*Apareciendo en la puerta, rapido.*) Te engañas: me has dado tiempo, si no para salvar á tu segunda víctima, para que la justicia humana te castigue por mano de la ley.

RAQ. (*Como volviendo á la vida.*) ¡Ah!

LOR. (*Cayendo anonadado de rodillas.*) ¡Oh! ¡Perdon!

RAQ. ¡Mi... se... rable!

LOR. ¡Perdon!

MICH. ¡No! Solo el cielo puede perdonar tanto crimen.

Al talento de la actriz encargada del papel de la señora Raquin queda la adicion de exclamaciones y palabras finales.

Cuadro

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de S. Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94, Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.